MARGUERITE DURAS

EL SQUARE

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO - LIBROS DE ENLAC

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A. BARCELONA, 1968
Pitillo de la edición original: **LE SQUARE**
Traducción de C. Agenta
de la edición original: Librairie Gallimard, 1956
de los derechos en lengua castellana y de la traducción española:
EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A. - BARCELONA, 1956, 1967
Depósito Legal B. 659 - 1968 Printcd in Spain

Terminose de imprimir en febrero de 1968
En los talleres de Seix Barral Rotoffset S.A.
Prvenza, 219 - Barcelona.

I

El niño vino tranquilamente desde el fondo del *square* y se plantó delante de la muchacha.

—Tengo hambre —declaró.

Eso dio ocasión al hombre de trabar conversación.

—Claro, es la hora de merendar —dijo.

La muchacha, en lugar de ponerse en guardia, le dirigió una sonrisa llena de simpatía.

—Sí, deben de ser cerca de las cuatro y media, la hora de su merienda.

De la cesta que tenía al lado, sobre el banco, sacó dos tostadas con mermelada y se las dio al niño. Luego le anudó con destreza una servilleta alrededor del cuello.

—Es guapo —dijo el hombre.

La muchacha negó con la cabeza.

—¡Oh, no es mío! —dijo.

El niño se marchó con sus tostadas.

Era jueves y había muchos niños en el *square,* niños mayores que jugaban a los bolos o a plantón, niños más pequeños que jugaban en la arena y niños todavía más pequeños que esperaban tranquilamente en los cochecillos a que les llegase la hora de juntarse con los demás.

—Fíjese —continuó la muchacha—, podría ser realmente hijo mío y a menudo lo toman por tal. Pero yo digo siempre que no, que no tiene nada que ver conmigo.

—Ya -dijo el hombre—, yo tampoco tengo hijos.

—A veces se le hace a una extraño que haya tantos niños por todas partes y no tener ninguno, ¿no le parece?

—Sí, señorita, pero ya los hay de sobras, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? No señor.

—Pero si a uno le gustan y les quiere, ¿no cree usted que el no tenerlos tiene menos importancia?

—¿Y no se podría decir igualmente lo contrario?

—Sí, claro que sí, pero dependo, del carácter de cada cual. Yo creo que hay quien se puede contentar muy bien con los que ya existen, y yo debo ser de ésos; niños he visto muchos e incluso podría tener hijos, pero, ya ve usted, me contento con los que hay.

—¿De veras ha visto usted muchos niños?

—Sí, señorita. Es que yo viajo.

—¡Ah! comprendo —dijo amablemente la muchacha.

—Excepto en momentos como éste, en que me tomo un descanso, estoy todo el tiempo viajando.

—Los *squares* son buen sitio para descansar, y sobre todo en esta época; a mí también me gustan mucho; esto de estar así, a la intemperie...

—No cuestan dinero y son sitios siempre alegres, con tantos niños, además, cuando uno conoce a poca gente, tiene aquí de vez en cuando ocasión de charlar un poco.

—Sí, es verdad que también son prácticos desde ese punto de vista. Y dígame: ¿venderá usted algo cuando viaja?

—Sí, ese es mi oficio.

—¿Siempre los mismos artículos?

—No, artículos diferentes, cosas pequeñas, ¿sabe usted?, de esas de las que se tiene

siempre precisión y que se olvida uno siempre de comprar. Me cabe todo en una maleta no muy grande. Yo soy una especie de viajante de comercio, ya comprende lo que quiero decir.

—¿De los que se ven en los mercados con la maleta abierta delante?

—Sí, señorita, exactamente, yo me instalo mi maleta y me pongo a vender en los alrededores de los mercados callejeros.

—¿Será indiscreción preguntarle, si eso da para un buen pasar?

—No me puedo quejar, no señorita.

—¿Ve usted?, no lo hubiera dicho nunca.

—Bueno, yo no quiero decir que dé para mucho, pero algo se gana todos los días, es lo que yo llamo un buen pasar.

—En fin, que hambre no pasará usted, si no es indiscreción.

—No, como más o menos lo que me apetece. No quiere decir que coma todos los días igual, que algunos días viene un poco justillo, pero comer todos los días, eso sí.

—Me alegro.

—Gracias, señorita. Sí, ya ve usted, salgo del paso todos los días. No me puedo quejar. Como vivo solo y sin domicilio fijo, tengo muy pocas preocupaciones y las pocas que tengo me conciernen a mí solo. Verdad es que a veces me falta un tubo de dentífrico y con frecuencia echo de menos un poco de compañía, pero aparte de eso, voy tirando, sí, señorita.

—Y ese trabajo ¿lo puede hacer cualquiera? O, mejor dicho ¿cree usted que lo puede hacer cualquiera, alguien sin ninguna cualidad especial?

—Sí, sí, seguro; incluso se puede decir que es el trabajo que está mayormente al alcance de todos.

—Ve usted, yo hubiera dicho que para hacer ese trabajo eran necesarias ciertas cualidades.

—En el fondo es mejor saber leer, por aquello del periódico, por las noches en el hotel, por el nombre de las estaciones, y porque eso facilita mucho la vida; pero eso es todo. Poca cosa, ya ve usted, y da para comer regularmente cada día.

—Bueno, yo me refería a otras cualidades, resistencia o paciencia, mejor, y tenacidad.

—Como yo no he hecho nunca más que esto, difícilmente puedo juzgar, pero me parece que las cualidades que usted dice son igualmente necesarias para hacer cualquier otro trabajo.

—Si no es indiscreción, ¿cree usted que eso de viajar puede durar siempre? ¿No le parece que algún día tendrá que detenerse?

—No lo sé.

—Es un hablar. Perdone que le haga estas preguntas.

—Por favor, señorita... Verdaderamente no sé lo que puede durar. No puedo decir otra cosa sino que no lo sé. ¿Cómo voy a saberlo?

—Yo quiero decir que, viajando así todo el tiempo, le entrarán a uno ganas de pararse. Era ese el sentido de mi pregunta.

—En efecto puede parecer que a uno le entraran ganas de quedarse, es verdad. Pero ¿cómo dejar el oficio y buscar otro? ¿Por qué abandonar el trabajo que uno tiene?

—Pero, si le he comprendido bien, dejar de viajar o no depende de usted solo y no de otra cosa.

—A decir verdad, nunca he sabido cómo se pueden llegar a tomar decisiones de esa clase. Vivo un poco aislado, no conozco a nadie... Y, a menos que un día me favoreciera una suerte grande, no imagino cómo podría cambiar de trabajo. Y tampoco veo de dónde podría venirme esa suerte, de qué lado puede soplar. No quiero decir que no pueda ser, claro que sí, que eso nunca se sabe, ni que si llegase el caso le iba yo a hacer ascos, no. Sino lo contrario, sólo que por el momento no veo, verdaderamente, de dónde puede venirme y ayudar a que me decida.

—¿Pero no puede usted, por ejemplo, simplemente desearlo? ¿Desear cambiar de

oficio?

—No, no señorita. Yo quiero verme todos los días limpio y bien alimentado, y quiero dormir, y aun más, vestirme decentemente. No me queda tiempo para desear más. Además debo confesar que viajar, en el fondo, no me disgusta.

—Si no le importa, me gustaría preguntarle cómo se lanzó, cómo empezó usted.

—Pues no sé que decirle. Esas son historias largas y complicadas y que en el fondo me escapan. Tendría que remontarme mucho, tanto que la sola idea me fatiga. Pero así, a bulto, me parece que empecé como cualquier otro, señorita, de un modo nada particular.

Se levantó un poco de brisa que delataba en su tibieza la proximidad del verano. Barrió las nubes y un calor nuevo se derramó sobre la ciudad.

—¡Qué espléndido tiempo! —dijo el hombre.

—Verdaderamente —dijo la muchacha. —Estamos a las puertas del calor. De día en día se notará mejor tiempo.

—Comprenda usted, señorita, nunca tuve particulares aptitudes para un oficio determinado ni para un cierto tipo de vida. En el fondo creo que voy a seguir así; sí, eso creo.

—¿Es que sentía usted aversión por todos los modos de vivir y por todos los oficios?

—No, no. Aversión no exactamente, eso sería demasiado, pero tampoco atracción, por ninguno de ellos. Yo era como la mayoría de la gente. Y empecé como cualquier otro, de veras.

—Pero entre que usted empezó y lo que le ocurre ahora, ¿no cree usted que ha pasado ya bastante tiempo como para tomarle afición a otra cosa, a algo?

—Pues sí, no digo que no, para muchos sería así, efectivamente, pero para otros no. Hay a quien le cuadra eso de no cambiar nunca; y ese debe de ser mi caso. Verdaderamente, por lo que a mí toca, creo que va para largo.

—Pues, en mi caso, le aseguro que no durará.

—¿Y cómo puede usted preverlo ya?

—Mi situación no es una situación que pueda durar. Está en su natural que ha de terminarse algún día. Porque un día me casaré, y una vez casada, esta situación se habrá terminado.

—Comprendo, sí señorita.

—Quiero decir que todo esto dejará tan poca huella en mi vida que será como si no lo hubiese vivido.

—Quizá para mí sea lo mismo, porque todo no se puede prever ¿no es así? Tal vez un día cambiaré de trabajo.

—Pero yo es que lo deseo; es diferente. Lo mío no es un oficio. Lo llaman así por simplificar pero no es un oficio Es una especie de estado, un estado completo, como el de ser niño o el estar enfermo. ¿Me entiende usted? Y tiene que terminar.

—La comprendo, señorita. Pero en mi caso, ve usted, yo llego ahora de un largo viaje y me tomo un descanso. En general no me gusta mucho pensar en el porvenir y hoy, mientras descanso, menos todavía; por eso debo de haberla explicado tan mal por qué me conformo con mi situación sin gana de cambiar y sin previsiones para el futuro. Perdóneme usted.

—No, si soy yo quien debe de excusarse.

—¡Oh, no, señorita!, no se preocupe, podemos seguir charlando.

—Es verdad; eso no compromete.

—Así pues, señorita, espera usted cambiar de situación.

—Sí. No hay ninguna razón para que yo no me case un día, también, como cualquier otra. Eso es lo que le decía.

—Verdaderamente, no hay ninguna razón para que no se case usted algún día.

—En realidad, mi situación es tan desconsiderada que casi se podría decir lo contrario: que sí que hay razones para que no llegue a casarme. En mi caso para que parezca

natural es preciso desearlo con toda el alma. Y es así como lo deseo.

—Sin duda no hay razón para que no lo consiga, señorita, por lo menos es lo que todo el mundo diría.

—He pensado mucho en ello. Soy joven, tengo buena salud, no soy embustera... Soy una mujer corriente, de las que convienen a la mayor parte de los hombres. Extraño sería que algún día no encuentre uno que lo reconozca y a quien convenga. Tengo esperanzas.

—Claro, señorita, pero yo ¿qué haría yo con una mujer, si es ese el cambio al que usted se refería? No tengo otros bienes que esta pequeña maleta y alcanzo apenas a alimentarme yo solo.

—Yo no he querido decir que a usted le convenga este tipo de cambio. Hablaba de cambio en general. En mi caso el cambio sería el matrimonio, en el de usted sería tal vez otra cosa muy distinta.

—Señorita, yo no pretendo decir que no tenga usted razón, pero en cada caso es diferente. Aunque lo deseara con todas mis fuerzas, no conseguiría querer ese cambio del modo que usted lo quiere. Usted parece quererlo a cualquier precio.

—Eso es porque para usted el cambio representaría mucho menos. En mi caso estoy segura de que sería un cambio importantísimo. Tal vez me equivoque, pero, fíjese, todos los cambios que veo a mi alrededor me parecen de poca monta comparados con el que yo espero.

—Pero, ¿no le parece a usted, sin embargo, que aunque se trate de cambios muy necesarios, cada cual puede desearlos de un modo diferente según sea su caso particular?

—Perdone usted, pero yo no quiero saber nada de casos particulares. Le repito que es esperanza lo que yo tengo y que hago todo lo posible por alimentarla. Por ejemplo, todos los sábados sin falta voy al baile y bailo con el que me invita. Y como dicen que la verdad acaba siempre por imponerse, estoy convencida de que algún día alguien se dará cuenta de que soy una muchacha tan casadera como las demás.

—Ve usted, aunque yo desease cambiar, y de un modo menos radical que el suyo, no me bastaría con ir al baile. Mi oficio es muy poca cosa, algo insignificante, casi se puede decir que ni siquiera es un oficio y da apenas para vivir un hombre solo, ya, ni eso para medio hombre. No puedo ni pensar en un cambio de vida como el que usted dice.

—Entonces en su caso, repito, bastaría quizás con cambiar de oficio.

—Pero ¿cómo salirme de este oficio? ¿Cómo voy a salirme de un oficio que ni siquiera me permite pensar en el matrimonio? Mi maleta me lleva cada vez más lejos, de un día a otro día, de una noche a la siguiente —de una comida a otra, si usted quiere— y no me deja resuelto, ni el tiempo de pararme a pensar, a meditar lo bastante en estas cosas. Haría falta que, el cambio se produjese, sin necesidad de que hubiera tenido que preocuparme de él. Además, lo confieso, no solamente tuve siempre la sensación de que nadie necesitaba de mis servicios ni de mi compañía, sino que a veces pienso con verdadero asombro en el lugar que después de todo ocupo en la sociedad.

—¿Quiere decir que para usted el cambio consistiría en el nacimiento de sentimientos contrarios a los que dice?

—Precisamente, pero ya se sabe cómo estamos hechos: cada cual es como es y cualquiera cambia hasta ese punto. Mi oficio por insignificante que sea ha acabado por gustarme. Me gusta tomar el tren. Y dormir un poco en cualquier parte no me molesta tampoco demasiado.

—En mi opinión no hubiera debido usted dejarse ganar por esas costumbres.

—Será que tenía ya predisposición.

—A mí no me gustaría nada no tener en la vida otra compañía que la de una maleta, llena de mercancías. Creo que a menudo tendría miedo.

—Sí, es verdad, eso puede ocurrir, sobre todo en los primeros tiempos, pero uno acaba por acostumbrarse a esos pequeños inconvenientes.

—Me parece que, con todo, casi prefiero estar como estoy, y hacer este... este oficio a pesar de todas sus desventajas. Pero quizás es porque sólo tengo veinte años.

—Pero el mío no es que solamente tenga inconvenientes, señorita. Con el tiempo que tiene uno que pasarse en las carreteras, en los trenes, en los jardines públicos, a fuerza de tener tanto tiempo para pensar un poco en todo se termina por encontrar justificación a la existencia que uno lleva.

—Pero yo había entendido que no tenía usted tiempo de pensar en sí mismo, sino apenas el más justo para ocuparse de su sustento y no de otra cosa.

—No, señorita, lo que no tengo es tiempo para pensar en el futuro; el de pensar en otras cosas, sí, lo tengo, o me lo tomo, si usted quiere. Porque lo que hace soportable el tener que pensar más que otros en el cotidiano sustento, como dice, es el dejarlo de hacer a partir del momento en que ese sustento se ha asegurado ya, es decir cuando se ha conseguido comer por ese día. Si una vez alimentado uno se pusiera a pensar en la próxima comida seria para volverse loco.

—Me hago cargo, sí, pero ve usted, eso de ir de una ciudad a otra, de cualquier manera, sin otra compañía que la de la maleta, sería lo que me volvería loca a mí.

—Bueno, no es que se esté siempre solo, comprenda usted, solo hasta el punto de volverse loco no. La mayor parte del tiempo la pasa uno en los barcos, en los trenes, viendo y escuchando. Y le aseguro que si las cosas se ponen como para enloquecer siempre hay algún medio de evitarlo.

—Pero llegar a encontrar razones para conformarme a todo, ¿de qué me serviría si lo que yo quiero es dejar esto? En cambio a usted le sirve para encontrar nuevas justificaciones para no dejarlo.

—No, eso no es exacto, puesto que si se me presentase una verdadera ocasión de cambiar de oficio la cazaría al vuelo; no, más bien me sirve para otra cosa, por ejemplo para darme cuenta de las ventajas que a pesar de todo este oficio tiene, y que son, por una parte, lo de estar todo el tiempo viajando, y, por otra, el hecho de adquirir la conciencia de que uno es cada día un poco más sensato. Fíjese que yo no pretendo tener razón, no, sino que al contrario puede muy bien ser que me equivoque, y mucho, y que me haya vuelto sin darme cuenta menos sensato que antes. Pero poco importa si no me doy cuenta.

—¿Así pues, usted viaja con la misma constancia con que yo permanezco en el mismo sitio?

—Sí. Y si alguna vez paso por el mismo sitio, las cosas son ya allí diferentes. Es primavera, por ejemplo, y se ven cerezas en los mercados. Eso es lo que quería decir antes y no el que había encontrado justificación para el hecho de haberme acostumbrado a lo que hago.

—Es cierto, dentro de poco habrán ya cerezas en los mercados, dentro de dos meses. Me alegro por usted. Y dígame: ¿en qué otras cosas se notan esos cambios?

—En mil cosas diferentes, Unas veces es primavera, otras invierno. O, por ejemplo, brilla un sol esplendoroso, o ha nevado; todo es distinto, irreconocible. Pero las cerezas es lo que más se nota. Aparecen súbitamente y el mercado se pone rojo de repente. Sí, dentro de dos meses. Ve usted, eso es lo que quería decir y no que el trabajo que hago me convenga.

—Pero aparte de las cerezas en los mercados, aparte del invierno y de la nieve, ¿qué más?

—A menudo no es nada importante, ni siquiera visible; pero mil naderías hacen que todo parezca distinto. Se diría que es a causa del propio estado de ánimo. A un tiempo se reconocen y no se reconocen los mismos lugares, las mismas gentes... y un mercado que nos parecía poco acogedor se hace de pronto simpático.

—¿Pero no ocurre, a veces, lo contrario, es decir que todo siga igual?

—Sí, a veces todo resulta tan igual, que parece que uno hubiera estado allí la víspera. Nunca he logrado explicarme el porqué ocurre así, porque la verdad es que no es posible que

las cosas permanezcan lo mismo hasta ese punto.

—Pero aparte de las cerezas en los mercados, del invierno, de la nieve, dígame, ¿qué más?

—A veces uno encuentra un edificio nuevo, recién terminado, que estaba en construcción la ultima vez que estuvo allí. Y está ahora totalmente habitado, rebosante de rumores y gritos. Y lo curioso es que la ciudad no parecía superpoblada, y, en cambio, ese edificio una vez terminado se diría que fue siempre necesario.

—Sí, pero todos esos cambios son iguales para todo el mundo, ¿es que no hay cambios que valgan para usted solo?

—Los hay de vez en cuando, pero son de poca monta. Sí, en general, son cambios de tiempo, de cosas que, en fin, no me pertenecen a mí sólo. Sin embargo son cosas que pueden afectarnos tanto como si nos pasasen a cada uno en particular, como si fuéremos nosotros los que hacemos las cerezas.

—Puedo entenderle, y ponerme en su lugar, pero no, me parece que yo en su caso tendría miedo.

—Tal vez sí, señorita, y le confesaré que a mí también me pasa a veces, de noche, por ejemplo, cuando me despierto. Pero aparte de la noche pocas veces. Bueno, sí, también al atardecer, pero sólo cuando llueve o hay mucha niebla.

—Es raro que sin haberlo vivido se pueda presentir al clase de miedo que debe ser.

—Sí, ve usted, no es como el miedo que se siente cuando uno piensa que tiene que morirse sin que nadie se dé cuenta, no; es un miedo más general, como de algo que no le amenaza a uno solo.

—Como si a uno le entrase de pronto miedo de ser como es y no de otro modo, de ser así en lugar de otra cosa. ¿No es eso?

—Eso es. De ser al mismo tiempo como los demás y como es uno. Sí, justamente eso es lo que yo creo. Es el miedo de ser de esta especie en lugar de ser de cualquier otra, de ésta precisamente...

—...Tan complicada. Ya le entiendo.

—Porque el otro miedo, el de morir sin que nadie se dé cuenta puede transformarse a la larga en una razón de contento. La seguridad de que la muerte de uno no ha de hacer sufrir a nadie, ni siquiera a un perro, hace esa idea más llevadera.

—Pruebo a comprenderle, pero no, no puedo. ¿Es que las mujeres somos diferentes? Tengo la seguridad de que no soportaría el verme, como usted sola con mi maleta. No porque no me guste viajar, sino porque sin un cariño que me esperase en alguna parte, no podría hacerlo. De verdad, prefiero estar como estoy.

—Pero, señorita, si no es indiscreción, entre tanto espera usted ese cambio...

—No, tampoco. Usted parece no darse cuenta de lo que significa querer salir de este estado. Es necesario permanecer aquí pensando todo el tiempo y con todas mis fuerzas en ello. De otro modo sé que no lo conseguiría nunca.

—Tal vez yo no sepa, realmente.

—Usted no puede saberlo porque, por poco que sea, es a su manera. No puede usted saber qué representa no ser absolutamente nada.

—¿Tampoco a usted, por lo que entiendo, la lloraría nadie?

—Nadie. Y tengo ya veinte años y quince días. Pero me llorarán algún día. No puede ser de otro modo.

—Es verdad. Lo mismo será con usted que sería con otra persona, en el fondo. La llorarán un día, estoy seguro.

—¿No es cierto? Es lo que yo digo.

—Claro. Y, si no es indiscreción, repito: ¿no pasa usted hambre?

—No, no señor, como más de lo que se precisa para no pasar hambre. Sola, sola siempre, eso sí, pero en mi oficio se come, se come incluso demasiado con eso de estar

siempre en el sitio donde se hace la comida. Y de lo bueno, incluso pierna de cordero. Además no sólo puedo comer, sino que como, ya lo creo. A veces me fuerzo. Quisiera engordar, fortalecerme para hacer más bulto y que se me vea más. Me imagino que gruesa y fuerte tendría más probabilidades de conseguir lo que quiero. Dirá usted que no deja de ser una ilusión, pero estoy convencida de que con buena salud me haré valer más. Ya ve usted, somos muy diferentes.

—Sin duda, señorita, pero eso no impide que yo también tenga buena voluntad. Antes he debido de explicarme mal. Le aseguro que si un día deseo cambiar, me entregaré a ese deseo, como cualquiera.

—Perdóneme usted, pero se me hace difícil creerle.

—Lo comprendo, pero mire usted, no teniendo ningún motivo para prescindir de las esperanzas de orden general —y éste es un hecho que para mí cuenta mucho—, no me doy a esa idea. Sin embargo poca cosa bastaría, me parece, para inclinarme a creer que me es tan necesario como a los demás. Bastaría con muy poco convencimiento. Acaso no lo tenga por falta de tiempo. ¡Quién sabe! No me refiero, claro, al que paso en los trenes, pensando en esto y aquello, o de charla con la gente, sino al que se tiene de veras por delante, de un día para otro, el tiempo que necesitaría para pensar en ello y probar de descubrir si eso es también necesario para mí.

—Sin embargo, me imagino yo, y lo ha dicho usted mismo, hubo un tiempo en que era usted como todo el mundo, ¿no?

—Ciertamente, pero hasta tal punto que todavía no me he librado de las consecuencias. No se puede pretender ser todo a la vez, ni quererlo todo, un tiempo, como usted dice, y yo de esas imposibilidades no me he rehecho aún, y no he podido resolverme nunca a escoger un oficio. Pero mire, a pesar de todo, he viajado bastante y mi maleta me ha ido llevando por todas partes, incluso una vez a un gran país del extranjero. No vendí gran cosa, pero tuve ocasión de verlo. Si me hubieran dicho algunos años antes que me entrarían un día ganas de conocerlo no lo hubiera creído. Y ya ve usted, un día, al levantarme me entraron ganas y para allá me fui. Pocas cosas me pasan, pero, ya ve, tuve ocasión de conocer aquel país.

—Pero en ese país habrá también gente desgraciada, ¿no?

—Sí, verdaderamente.

—¿Habrá muchachas que esperan, como yo?

—Sí, sí, señorita.

—¿Entonces?

—Es verdad: también allí se mueren y son desgraciados y las hay como usted que esperan llenas de fe. Pero ¿por qué dejar de verlo? ¿Por qué no conocer ese otro país que en el fondo es igual que éste en el que vivimos y en el que ocurren las mismas cosas? ¿Por qué no verlo? Verlo además de éste, ¿por qué no?

—Porque —sin razón, me dirá usted—, porque me da lo mismo.

—Pero, fíjese. Allí los inviernos son mucho menos crudos que aquí, no tienen importancia; allí apenas se conoce el invierno...

—No se está nunca a la vez en todo un país, qué sabe usted, ni siquiera en toda una ciudad, ni en todo un invierno benigno, no, por más que uno se empeñe sólo se está donde se está en cada momento.

—Bueno, precisamente, pero donde yo estaba la ciudad termina en una plaza inmensa rodeada de escaleras que parece que no conduzcan a ninguna parte.

—No, no, señor, no quiero saberlo.

—Toda la ciudad está enjalbegada, figúrese usted, nieve en pleno verano. Está en el centro de una península bañada por el mar.

—Un mar azul, ya lo sé. Es azul ¿no es cierto?

—¡Oh sí, azul!

—Perdone usted, señor, pero la gente que habla del azul del mar me da ganas de vomitar.

—Pero si es así. Desde el parque zoológico se le ve rodeando enteramente la ciudad. Y es azul para quien lo mire, no lo puedo evitar.

—No, sin ese cariño de que hablaba, a mí me parecería negro. Por otra parte, no es que quiera contradecirle, pero tengo tantos deseos de cambiar de vida, de salir de esto, que no puedo pensar en viajes y en ver cosas nuevas. Ya puede usted ver todas las ciudades que quiera, que con eso no adelantará nada y luego resultará, cuando se canse, que está usted lo mismo que antes.

—Es que estamos hablando de cosas distintas. Yo no me refiero a cambios que puedan modificar la existencia de uno, sino a esos que nos dan gusto mientras los estamos viviendo. Viajar distrae mucho. Los griegos, los fenicios, todo el mundo viaja, y siempre ha sido así.

—Sí, verdaderamente hablamos de cosas diferentes; no son cambios de esa suerte los que yo deseo, no se trata de viajar, ni de ver ciudades a la orilla del mar. Lo que yo quiero es pertenecerme a mí misma, poseer algo, cualquier cosa, aunque sean objetos de poca importancia, pero míos, y un lugar, una sola habitación, si quiere, para mí sola. A veces, fíjese, me pongo a soñar en un hornillo de gas.

—Con eso le ocurrirá lo mismo que viajando: no podrá detenerse. Después del hornillo deseará usted una nevera eléctrica y después cualquier otra cosa. Será igual que viajar e ir de una ciudad a otra. No podrá detenerse.

—Pero ¿qué inconveniente ve usted en que no me conforme con la nevera?

—No, ninguno, desde luego. Es que pienso en mí y me parece que a mí semejante idea me fatigaría más que viajar todo el tiempo e ir de una ciudad a otra como hago ahora.

—Mire usted, yo he nacido y me he criado como todo el mundo, y miro a mi alrededor, observo, y no veo motivo para quedarme así. Debo adquirir un poco de importancia como sea. Y si ya empiezo por decirme que me cansaré de tener una nevera eléctrica cuando ni siquiera tengo un hornillo de gas... Además ¿cómo lo voy a saber? Claro que si usted lo dice será porque ha pensado en ello, tal vez ha tenido una nevera y se ha cansado de ella.

—No, no sólo no la he tenido, sino que ni siquiera he tenido la más pequeña posibilidad de tenerla. Es solamente una impresión. Además si le hablo de una nevera es porque parece un objeto pesado e intransportable para un viajero. Seguramente no hubiese dicho lo mismo a propósito de otra cosa cualquiera. Por otra parte, comprendo muy bien que no pueda usted viajar hasta que haya conseguido, por ejemplo, su hornillo de gas. Probablemente es una tontería por mi parte el hecho de acobardarme ante la sola idea de una nevera.

—Efectivamente es curioso.

—Una sola vez en toda mi vida deseé dejar de vivir. Tenía hambre, y como no tenía un céntimo, no tenía más remedio que ir a trabajar para poder comer al mediodía. ¡Como si ese no fuera el destino de todo el mundo, y el mío, en particular! Pero como si no hubiese estado acostumbrado, ese día no tenía ganas de vivir porque me parecía que no había causa para que las cosas siguieran siendo para mí como eran para todos. Necesité un día entero para volver a hacerme a la idea; naturalmente, fui al mercado con mi maleta y comí. Luego volvió todo a ser como antes, con la diferencia, sin embargo, de que a partir de ese día hacer proyectos para el futuro, aunque sólo se trate de si he de poseer o no una nevera, me fatiga mucho más que antes.

—Me imaginaba algo así.

—Además, cuando pienso en mí mismo, es en términos de seguir o no seguir existiendo, lo que explica que una nevera más o menos me importe menos que a usted.

—Y, a ese país que le gustó tanto, ¿fue antes o después de ese día?

—Después. Pero cuando pienso en él me alegra constatar que hubiera sido una pena que un hombre más, yo, por ejemplo, hubiese pasado por este mundo sin conocerlo. No es que crea, compréndame, estar mejor dotado que otro cualquiera para apreciarlo, no es eso, pero me parece que más vale ver un país que dejarlo de ver.

—Aunque no puedo ponerme en su lugar, comprendo lo que quiere decir y me parece muy bien dicho. Quiere usted decir que puesto que estamos en el mundo, mejor es ver el mayor número de cosas posible, ¿no es así? Y que de este modo el tiempo pasa más de prisa y más agradablemente, ¿no?

—Sí, algo así. A lo mejor, en el fondo no estamos en desacuerdo más que acerca de lo que hemos decidido hacer uno y otro con nuestro tiempo.

—No, no solamente es eso, puesto que yo no he tenido todavía ocasión de cansarme de ninguna otra cosa, sino de esperar. Compréndame, no quiero en absoluto decir que sea usted forzosamente más feliz que yo, no; sólo que aún no siéndolo, puede usted permitirse el lujo de pensar en remedios para su situación, cambiar de ciudad, por ejemplo, o ponerse a vender otra cosa, y otros que me callo. Yo, en cambio, no puedo ni empezar a pensar en esas cosas, ni siquiera en cuestiones de detalle. Aparte de estar viva, nada ha empezado aún para mí. Y si alguna vez, cuando hace un tiempo muy hermoso, en verano, pongo por caso, me entra el presentimiento de que algo va a empezar enseguida sin que yo me dé apenas cuenta, tengo miedo, sí, miedo de abandonarme al bienestar de ese día hermoso y de olvidar aunque sólo sea un momento qué es lo que quiero, de perderme en el detalle y de olvidar lo esencial. Si me entretengo en los detalles de mi existencia estoy perdida.

—Pues, ve usted, yo había entendido que sentía cariño por ese chiquillo.

—Me da igual. No quiero saberlo. No quiero empezar a considerar mi situación menos desagradable y soportarla un poco mejor, porque en ese caso, como le decía, estoy perdida. Tengo mucho trabajo que hacer y lo hago. Cada día me dan un poco más del que debieran darme y, sin embargo, lo hago. Y acaban por darme trabajos penosos, pero tampoco digo nada y los hago también. Porque negarme significaría que esperaba que dentro de lo posible mi situación podía mejorar, suavizarse, hacerse un poco más soportable, o soportable del todo.

—Resulta verdaderamente raro eso de poder darse algún alivio en la vida, algún respiro, y renunciar a hacerlo.

—Sí, desde luego, pero yo no me niego a nada, nunca me he negado a hacer nada de lo que me exigen. No me negué al principio, cuando hubiera sido tan fácil, ni me niego ahora cuando aún lo sería más, puesto que cada día tengo más trabajo. Desde que tengo uso de razón, no recuerdo haberme negado nada; he aceptado siempre dócilmente todo, todo absolutamente, con el fin de que llegue un día en que ya no pueda soportar nada. Quizás le parezca un modo demasiado ingenuo, pero no he encontrado nada mejor para salir de esto. Porque una acaba por acostumbrarse, estoy segura; conozco algunas que después de diez años están como el primer día. Es posible acostumbrarse a todo género de existencias, incluso a esta mía, y he de estar muy alerta para no acostumbrarme. A veces me angustio, porque aun estando prevenida contra ese peligro de acostumbrarme, el peligro es tan grande que aún prevenida, podría no poderlo evitar. Pero volvamos a lo de antes, dígame qué otras novedades se puede encontrar aparte de la nieve, las cerezas y los edificios en construcción.

—A veces el hotel ha cambiado de dueño y el nuevo es persona franca que charla con los clientes al revés del antiguo que estaba ya harto de amabilidades y no le dirigía a uno la palabra.

—¿Verdad que debo asombrarme de estar todavía en el mismo sitio? ¿No es verdad que de otro modo no conseguiré nunca nada?

—Todo el mundo se sorprende de encontrarse cada día en la misma situación. Yo creo que nos sorprendemos de lo que podemos, que no puede uno decidir que se sorprenderá de unas cosas sí y de otras no.

—Cada mañana me asombra más el hecho de seguir así y no lo hago adrede. En cuanto me despierto, me asalta la sorpresa y me pongo a recordar. Yo era una niña como todas las demás; nada en apariencia me diferenciaba de las otras. Ve usted, en el tiempo de las cerezas nos dedicábamos todas a robarlas en los huertos. Hasta el último día robé cerezas con ellas, porque fue en esa época cuando me colocaron. Pero, dígame: ¿qué otras cosas cambian, aparte de lo que ya me ha dicho, el propietario del hotel y todo eso?

—También yo, como usted, he robado cerezas, y nada en apariencia me diferenciaba tampoco de los demás, salvo, quizás, que me gustaban ya mucho. Aparte del propietario, en el hotel hay a veces un aparato de radio nuevo. Eso es muy importante. Un café sin música se convierte en un café con música. Lo cual significa, naturalmente, que hay en él más gente y que se queda hasta tarde. Eso reporta noches de buenas ganancias.

—¿Dice usted ganancias?

—Sí.

—¡Oh, a veces creo que si lo hubiéramos sabio...! Vino mi madre y me dijo: "Bueno, se acabó, ven conmigo, se acabó". Y yo la dejé hacer, sabe igual que las bestias que se llevan al matadero. ¡Ah, si lo hubiera sabido, si lo hubiera sabido me hubiera defendido, me hubiera escapado, hubiera suplicado, se lo hubiera pedido tan bien, tan bien...!

—Pero no lo sabíamos.

—El tiempo de las cerezas continuó hasta el fin, como los otros años. Las demás pasaban debajo de mis ventanas canturreando y yo estaba espiándolas detrás de los cristales y me reñían por eso.

—Yo las cogí muy tarde.

—Detrás de los cristales, como si fuera un gran criminal. ¿Se da usted cuenta?, como si tener dieciséis años fuera un crimen... ¿Mucho más tarde dice usted?

—Sí. Lo más tarde posible en la vida de un hombre. Ya ve usted.

—Cuénteme de los cafés con música y llenos de gente, por favor.

—Yo no podría vivir sin ellos, señorita. Y me encantan.

—Me parece que a mí también me gustarían. Me veo en el mostrador, del brazo de mi marido, escuchando la radio. La gente nos hablará de cosas sin importancia y nosotros contestaremos, y estaremos a la vez juntos y con los demás. A veces me vienen ganas de entrar en uno, pero sola, ya sabe usted, una chica de mi condición no puede permitirse esas cosas.

—Es verdad, me olvidaba, a veces alguien se queda mirándole a uno.

—Va veo. ¿Y se acerca?

—Se acerca, sí.

—¿Sin motivo?

—Sin motivo. Y entonces se entabla conversación sobre cualquier tema general.

—¿Y luego? ¿Qué ocurre luego?

—¡Oh, nada! Yo no permanezco nunca más de dos o tres días en la misma ciudad. Los objetos que vendo no son de gran consumo.

—¡Qué lástima !

La brisa, que se había calmado, se puso a soplar de nuevo, barrió las nubes y, en la repentina tibieza del aire, se dejaron otra vez adivinar las promesas de un próximo verano.

—¡Pero qué estupendo día hace hoy! —repitió el hombre.

—El verano se acerca.

—Bueno, la verdad no es que comience, es que estamos siempre pensando en lo que ocurrirá mañana.

—¡Oh, no! Si dice usted eso es porque el día de hoy está para usted lo bastante lleno como para distraerle de mañana. Para mí el presente no es nada; un desierto.

—¿Pero usted no hace cosas de las que pueda pensar "ya está hecho"?

—No. Yo no hago nada. Trabajo todo el día pero no hago nunca nada a propósito de

lo cual se pueda decir eso. No quiero ni siquiera hacerme esa pregunta.

—No quisiera contradecirla, señorita, pero todo lo que usted haga, lo que viva durante este tiempo, contará para usted más tarde. De ese desierto, como dice, se acordará después; se poblará de recuerdos con una precisión fantástica. No podrá evitarlo. Parece que nada ha empezado y ya ha empezado. Parece que no hagamos nada y estamos haciendo algo. Creemos que avanzamos hacia una solución, nos volvemos y vemos que ya la hemos rebasado. Aquella ciudad, por ejemplo, no la aprecié en su justa medida en el mismo momento. El hotel no era muy bueno, la habitación que había reservado estaba ocupada, era tarde y tenía hambre. En aquella ciudad nada ni nadie me esperaba, más que la ciudad misma, enorme, e imagínese usted lo que representa una ciudad tan grande y desconocida, embebida en sus ocupaciones, para un viajero cansado que la ve por primera vez.

—No, no consigo imaginármelo.

—Nada le espera a uno aparte de una mala habitación que da a un patio sucio y ruidoso. Y, sin embargo, cuando pienso en ello, me doy cuenta de que ese viaje me cambió, de que muchas de las cosas que había visto antes de hacerlo me predestinaban a emprenderlo y se esclarecieron entonces. Es después que uno se da cuenta de que ha estado en tal o cual sitio, ya lo sabe usted.

—En ese sentido tal vez tenga usted razón. Quizá lo que espero ha empezado ya, a partir del día en que quise que empezase.

—Sí, seguro que sí. Uno piensa que no pasa nada y, en cambio, ve usted, yo creo que lo más importante que le habrá ocurrido en su vida es precisamente esa obstinación que pone ahora en no vivir aun.

—Comprendo lo que quiere usted decir, pero compréndame a su vez: aun en el caso de que ese momento haya sido ya, yo no he podido, no he tenido tiempo de darme cuenta. Imagino que un día me ocurrirá igual que a usted con lo de ese viaje, me daré cuenta y será como si me diese la vuelta y se esclareciese todo detrás de mí, pero ahora no, ahora estoy demasiado metida en ello para poder siquiera preverlo.

—De acuerdo, sí, y es sin duda imposible explicarle lo que todavía no puede ver, pero uno tiene fuertes tentaciones de hacerlo.

—Es usted muy amable, pero no estoy en condiciones de entender todavía lo que a ese respecto se me diga.

—Pero es conveniente que comprenda usted señorita, esté usted segura, porque ¿es que va usted a hacer todo ese trabajo por todo el tiempo que haga falta? No es que quiera darle consejos... Pero otra persona en su caso no podría esperar igual que usted habiéndose ahorrado antes los servicios más duros. ¿No lo haría otra persona? Piénselo.

—¿Teme usted que si eso tarda demasiado en llegar, un día, a fuerza de no negarme a nada, de aceptar sin una queja todo lo que me ordenen, y un poco más cada día, llegue a perder la paciencia?

—La verdad es que esa voluntad férrea que nada puede ablandar me parece un tanto peligrosa, pero no se lo decía por eso, sino porque se hace difícil creer que una persona de sus años haya escogido vivir sujeta a un rigor semejante.

—Es que no me queda otra solución. Le aseguro que lo he pensado mucho.

—¿Cuántas personas habitan en la casa en donde sirve?

—Siete.

—¿Y cuántos pisos tiene que subir?

—Seis.

—¿Cuántas habitaciones?

—Ocho.

—¡Qué barbaridad!

—Pero no, ¿por qué? Si eso no se cuenta así. Me he explicado mal o ha entendido usted mal.

—No. Estoy convencido de que el trabajo se puede siempre medir, siempre, en cualquier caso. El trabajo es el trabajo.

—El mío no, se lo aseguro. De este mío se podrá decir que más vale hacer de más que no hacer lo bastante. Si le deja a una tiempo para distraerse o para reflexionar entre horas, está perdida.

—Y tiene usted veinte años.

—Sí, y, como quien dice, no he tenido tiempo aun de hacer daño en este mundo. Pero no es esa la cuestión, me parece a mí.

—Yo me inclino, al contrario, a creer que sí. Y esas gentes a quienes usted sirve debieran darse cuenta.

—No es culpa suya si nosotras aceptamos todo el trabajo que nos echan. Yo en su lugar haría lo mismo.

—Oh señorita, me gustaría contarle cómo entré en esa ciudad después de dejar mi maleta en la habitación.

—Sí, desde luego, pero no quisiera que se preocupase usted por mí. Me sorprendería que llegase un día a perder la paciencia. No pienso más que en eso, en el peligro que entraña el llegar a perder la paciencia; me extrañaría por lo tanto, ¿comprende usted?

—Fue al anochecer, después de dejar mi maleta...

—Porque también nosotras pensamos mucho, ¿sabe usted? Enterradas en ese trabajo no podemos hacer otra cosa que pensar, pensar. Es una locura lo que pensamos. Pero no es como usted que piensa en no hacer nada. Nosotras pensamos para mal. Y todo el tiempo.

—Era al anochecer, poco antes de la cena, después de trabajar...

—Nosotras pensamos siempre en las mismas cosas, en las mismas personas, y para mal. Por eso prestamos tan poca atención a lodo aquello por lo cual no vale la pena preocuparse. Pero, ¿ve usted? Usted hablaba de mi oficio; ¿le parece un oficio esta situación en la que una está obligada a meditar todo el día en lo que no es bueno? ¿Decía usted que era por la tarde, después de dejar la maleta?

—Sí, sí, señorita. Era al anochecer después de haber dejado mi maleta en la habitación, poco antes de cenar, cuando di el primer paseo por la ciudad. Buscaba un restaurante. Es cosa difícil y que lleva tiempo, comprende, encontrar uno que nos acomode cuando no se puede pasar de cierto precio. Así es que, mientras andaba buscando, me aparté un poco del centro y me tropecé con el zoológico. Se había levantado un poco de brisa. La gente salía del trajín de su trabajo y se paseaba por ese parque que está, como la dije antes, en una altura que domina la ciudad.

—Pero si estoy convencida de que la vida es buena. Si no, figúrese, si me iba a preocupar tanto.

—No sé lo que sucedió. Desde, que entré en ese parque me convertí en un hombre colmado por la vida.

—No me explico como un jardín, con sólo verlo, puede hacer feliz a un hombre.

—Pues le aseguro que es un hecho corriente; seguramente oirá usted cosas semejantes muchas otras veces en su vida. Mi existencia es tal, ¿comprende usted?, que las solas ocasiones de hablar son como un regalo. Nada, que me sentí de pronto tan a gusto en aquel parque como si hubiera sido hecho para mí igual que para los demás. Como si, no sabría explicarlo mejor, hubiese crecido de repente y me hubiera puesto a la altura de los acontecimientos de mi propia vida. No me decidía a marcharme del parque. Se había levantado un poco de brisa, como le dije antes, y la luz se había puesto como de un amarillo de miel, y los mismos leones que hacían centellear el pelaje, bostezaban de gusto por estar allí. La atmósfera olía a fuego y a león y yo la respiraba como si fuese el vaho de una fraternidad en la que por fin participase. Los transeúntes estaban atentos unos a otros y se regalaban en ese resplandor de miel. Recuerdo que me parecieron algo semejantes a los leones. Y que sentí dichoso de repente.

—¿Pero dichoso de qué modo?, ¿cómo cuando uno descansa?, ¿cómo cuando se encuentra la frescura después de haber tenido mucho calor? ¿Dichoso como lo son los demás todos los días?

—No, más que eso, creo yo, tal vez porque no tenía costumbre. Algo así como una fuerza importante que se apoderase de mi cabeza, una fuerza con la que no sabía qué hacer.

—¿Una fuerza que hace sufrir?

—Quizá sí, que hace sufrir porque nada parece capaz de calmarla.

—Pero eso es la esperanza, si no me equivoco.

—Sí, es la esperanza, lo sé. Es la esperanza desde luego. Pero ¿de qué? De nada. La esperanza de la esperanza.

—Si todo el mundo fuese como usted no la conseguiríamos nunca.

—Pero no, señorita. Al final de todas las avenidas de ese parque, al final de cada una, se lo aseguro, se veía el mar. El mar, ¿qué quiere que le diga?, para lo que tengo que hacer yo en él, me da lo mismo. Pero allí era distinto; todo el mundo lo miraba, todos, incluso los que eran naturales de allí, incluso los leones, parecía. ¿Y cómo no mirar lo que todo el mundo miraba, aunque fuera una cosa que en general me es indiferente?

—No debía estar tan azul puesto que ya se ponía el sol, según me ha dicho.

—Estaba azul cuando salí del hotel, luego se fue poniendo poco a poco más oscuro y abonanzado.

—No, puesto que se había levantado un poco de brisa no podía estar tan quieto.

—Pero, si usted supiera, era una brisa tan suave, además debía soplar en las partes altas, en la ciudad solamente, no en el llano. No sé muy bien en qué dirección vendría, pero seguramente del mar no era.

—Además el sol poniente no debía iluminar todos los leones. Hubiera sido preciso que todas las jaulas estuviesen orientadas hacia el mismo lado del parque, hacia el oeste.

—Le aseguro, señorita, que ese era el caso, miraban todas hacia el mismo lado. Y el sol poniente iluminaba todos los leones, sin excepción alguna.

—Es decir que el sol se puso dentro del mar.

—Sí, exactamente, lo ha adivinado usted. Ya sol daba aún en la ciudad y en el parque cuando el mar estaba ya en sombras. Hace de eso tres años. Por eso los recuerdos son todavía próximos, y me gusta contarlo.

—Lo comprendo, sí. Se piensa a veces que, charlar no es necesario y luego resulta que sí, que una lo necesita. De vez en cuando me pongo a hablar con desconocidos, como hacemos ahora, en este mismo *square.*

—Cuando la gente tiene ganas de charlar se nota, y, es curioso, es cosa que en general no está bien vista. Hay muy pocos otros sitios aparte de los *squares* en donde eso parezca natural. Decía usted antes que eran ocho habitaciones ¿no? ¿Ocho habitaciones grandes?

—Pues no sé exactamente, yo no debo verlas como las vería otra persona cualquiera. En general, a mí me parecen grandes. Pero quizá no lo sean tanto. A decir verdad eso depende del día. Hay días en que las encuentro inacabables, otros, en cambio, me asfixian, de pequeñas que me parecen. ¿Pero por qué me hace estas preguntas?

—Por nada, por curiosidad, sólo por curiosidad.

—Bueno, ya sé que puede parecer un poco tonto, pero no lo puedo evitar.

—Si no he comprendido mal, usted es una persona como muy ambiciosa que desea tener todo lo que los demás tienen, y que no desea de un modo tan valiente que uno podría llamarse a error y considerarlo... heroico.

—Esa palabra no me espanta, no señor, aunque no se me hubiera ocurrido nunca. Mire usted, mi situación es tan precaria que, por decirlo de alguna manera, puedo permitírmelo todo. Con igual ahínco podría desear la muerte que desear la vida, ¿comprende? Porque si no, dígame, ¿a qué posible consuelo podría sacrificar esa valentía que dice? ¿O quién o qué cosa podría mitigar los rigores de mi estado? Cualquiera en mi lugar

haría lo mismo que yo, cualquiera, claro está, que deseara seriamente lo que yo deseo.

—Indudablemente. Sí, cada caso es diferente y cada cual hace lo que cree mejor, ¿no es así?, y habrá casos en que uno no pueda evitar el parecer un héroe.

—Comprenda usted, si yo me negase una sola vez a hacer algo, fuese lo que fuese, sería como si empezase a organizarme, a defenderme, a interesarme por mi trabajo. Primero sería una cosa, después otra y luego quién sabe. Acallaría por preocuparme de mis propios derechos y por tomarlos en serio como si existieran realmente. Pensaría en ellos. Al fin ya ni me aburriría. Y estaría perdida.

Se produjo un silencio entre ambos. El sol, que se había ocultado, brilló de nuevo. Luego la muchacha rompió a hablar nuevamente.

—Y después que fue usted tan feliz en aquel parque, dígame, ¿continuó siéndolo?

—Lo fui durante varios días. Ocurre a veces.

—¿Cree usted que eso le ocurre a todo el mundo?

—Tal vez haya gente a quien no le ocurra nunca. Por doloroso que sea debe de ser así.

—Pero es tan sólo una suposición, ¿no es verdad?

—Claro, puedo equivocarme. La verdad es que no lo sé.

—Sin embargo, parece usted muy enterado de esas cosas.

—¡Oh, no más que otro cualquiera, se lo aseguro!

—Quisiera preguntarle otra cosa: aunque el sol se pusiera dentro del mar, como en ese país se pone tan deprisa, las sombras invadirían la ciudad casi enseguida ¿verdad? Sería ya oscuro a los diez minutos de comenzar la puesta del sol.

—Sí, en efecto, pero ya le digo, yo llegué precisamente en ese momento, en el momento del incendio ¿comprende?

—Le creo, sí señor.

—Pues no lo parece.

—Le creo, de veras. Pero hubiese podido usted llegar en cualquier otro momento sin que luego hubiera ocurrido nada ¿verdad?

—Hubiese podido, sí, pero llegué precisamente en ése, aunque sean un momento que dura sólo unos minutos cada día.

—Pero la cuestión no es esa.

—No. No lo es.

—¿Y luego?

—Luego el parque permaneció igual, sólo que era ya de noche. Subía aire fresco de la mar, y como había estado haciendo mucho calor durante el día, resultaba muy agradable.

—Pero al fin y al cabo tendría usted que marcharse a cenar, ¿no?

—De pronto ya no sentí apetito, sino sed. Aquella noche no cené. Quizá ni siquiera me acordé de que debía hacerlo.

—¿Pero no había salido de su hotel para cenar?

—Sí, pero luego me olvidé de hacerlo.

—Yo, ¿ve usted?, vivo como si fuera de noche durante el día.

—Pero es un poco porque usted quiere, ¿no? Desea salir de esto tal como entró, es decir, precisamente como si despertase después de una larga noche. Yo sé muy bien en qué consiste eso de querer que sea de noche alrededor de uno, pero, ya ve usted, me parece inútil porque los peligros del día nos alcanzan de todos modos.

—¡Oh no!, no se trata de una noche tan cerrada; ni creo que el día la haga peligrar. Tengo veinte años. Todavía no me ha ocurrido nada. Y duermo bien. Pero ha de llegar un día, llegará, en que me despierte para siempre.

—Así, pues, los días son todos iguales para usted, iguales a pesar de su diversidad.

—Esa noche tienen gente a cenar, como todos los jueves. Me toca comer cordero, sola en mi cocina, al fondo del pasillo.

—Y oirá usted desde allí el rumor de sus conversaciones siempre igual, tan igual que parece que todos los jueves hablen de las mismas cosas. ¿No es así?

—Efectivamente, y no entenderé nada de lo que dicen, como de costumbre.

—Y estará allí sola, rodeada de los restos de la carne, en una especie de duermevela. Hasta que la llamen para cambiar los platos y servir el resto de la cena.

—No, tocan la campanilla, pero no piense usted, no me despertarán por eso, les sirvo medio dormida.

—También ellos se hacen servir sin preocuparse lo más mínimo por quién es usted. Así que en paz, porque al fin y al cabo no pueden ni entristecerla ni divertirla; usted duerme.

—Así es. Y luego se van todos y la casa se queda silenciosa hasta la mañana siguiente.

—En que usted vuelve a ignorarlos mientras les sirve, a ignorarlos todo lo posible.

—Exactamente, sí, pero ¡qué bien duermo entre tanto! Mi sueño es como un vértigo contra el que nada pueden, nada absolutamente. Pero ¿por qué dice usted esas cosas?

—Quizá para ayudarla a hacer memoria, no lo sé.

—Pero, ¿ve usted?, un día cualquiera, entraré en el salón a la hora que sea, a eso de las dos y media, y ese día me oirán

—Así ha de ser.

—Les diré: Esta noche no les sirvo. La señora me mirará con asombro. Les diré: ¿Por qué les voy a servir si a partir de esta noche...? No, no me imagino cómo se pueden decir cosas de esa importancia.

El hombre no replicó. Parecía atento a la suavidad de la brisa que se había levantado de nuevo. La muchacha no parecía esperar réplica alguna a sus últimas palabras.

—Dentro de poco será ya verano —dijo el hombre, y añadió como suspirando— ¡Somos verdaderamente lo último de lo último!

—Dicen que alguien tenía que serlo.

—Claro, dicen eso de todo.

—Sin embargo, una se pregunta a veces por qué ha de ser así.

—¿Qué? ¿Qué seamos nosotros en lugar de otros?

—Sí, pero en estos extremos una se pregunta también si no sería lo mismo si fuesen otros en vez de nosotros. A veces se lo pregunta una.

—Sí, y a veces, en ciertos casos, eso es un consuelo, a fin de cuentas.

—No, por mi parte no: eso no me consuela. No, de ningún modo. Es preciso que me limite a pensar en mí misma, no en los demás. De otro modo estoy perdida.

—Quién sabe, señorita, a lo mejor todo esto terminará muy pronto para usted, repentinamente; tal vez este mismo verano, nunca se sabe, y entrará en ese salón para decir que en adelante el mundo entero tendrá que prescindir de sus servicios.

—En efecto, quién sabe. Cuando hablo de la gente, dirá usted que es por orgullo, me parece que hablo del mundo entero. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, lo entiendo.

—Abriré la puerta del salón y ya está. Será de una vez y para siempre.

— Y se acordará siempre más de ese momento, igual que yo me acuerdo de mi viaje. No he vuelto a hacer un viaje tan hermoso ni que me haya hecho tan feliz.

—¿Y por qué se pone usted triste de pronto? ¿Es que ve algún motivo de tristeza en ese día en que he de abrir por fin la puerta? ¿Piensa acaso que no es una cosa totalmente deseable?

—No, no es eso, al contrario, me parece totalmente deseable y aún más que eso, si usted quiere.. Lo que me entristece un poco, verdaderamente, cuando habla de abrir esa puerta, es que cuando lo haga habrá sido para siempre y ya no tendrá ocasión de hacerlo más. Me parece tan lejano, tan lejano, el que vuelva a presentárseme oportunidad de volver a ir a un país que pueda interesarme tanto como ese del que le he hablado, que a veces pongo en duda, me pregunto si no hubiera sido mejor no haber conocido ninguno.

—Perdóneme, pero yo no puedo saber, comprende, lo que significa el haber conocido esa ciudad y el abrigar esperanzas de volverla a ver, y la tristeza que parece causarle el hecho de esperar ese momento. Por más que usted se empeñe en demostrarme que no es cosa alegre, tan amablemente como quiera, no llegaré a comprenderlo. Yo no sé nada, no sé nada más que esto: que tiene que llegar un día en que abra esa puerta y diga lo que tengo que decir a esa gente.

—Desde luego. No tome usted en cuenta mis reflexiones. Son cosas que se me ocurren con motivo de lo que me dice, simplemente, pero no quisiera que la desanimasen. Todo lo contrario, y fíjese, voy a hacerle incluso una pregunta: ¿Qué momento privilegiado espera para abrir esa puerta? ¿Por qué no se decide a abrirla, por ejemplo, esta misma noche?

—Yo sola no podría.

—¿Quiere decir que sin dinero y sin instrucción no podría usted volver a empezar y que por lo tanto hacer eso no la serviría de nada?

—Quiero decir eso y también otra cosa. Digo que sola sería, no sé cómo decirlo, sería algo sin sentido. Sola no podría cambiar. Continuaré acudiendo regularmente a ese baile hasta que un día un hombre me pida que nos casemos; entonces lo haré. Antes no podría.

—¿Pero cómo puede saber que ocurriría así, si no lo ha probado nunca?

—Lo he probado. Además lo sé; sé que sola... en una situación distinta tal vez, sola en una ciudad... sería, sí, como le decía antes, algo sin sentido, no sería lo que quiero ser, a lo mejor ni siquiera sabría lo que soy, y no sabría querer cambiar, como ahora. Me quedaría sin hacer nada, diciéndome que no valía la pena.

—Comprendo lo que quiere decir, lo comprendo incluso demasiado bien.

—Es necesario que alguien me escoja. Entonces sí que tendré fuerzas para cambiar. Yo no digo que haya de ser igual para todo el mundo. Pero es así en mi caso. Ya lo he probado y lo sé. No porque haya pasado hambre, no, pero es que cuando pasaba hambre todo eso ya no me importaba nada. Ya no sabía bien quién era el que la pasaba.

—La comprendo, imagino lo que eso puede ser... Sí, lo adivino, aunque, claro está, yo no haya deseado nunca que alguien me escogiera a mí entre todos, y si acaso me ha ocurrido alguna vez no ha tenido esa misma importancia.

—¿Comprende?, nadie me ha escogido nunca, salvo en razón de mis habilidades más impersonales y para seguir más inexistente que nunca. Por eso es necesario que alguien me escoja, aunque sólo sea una vez. En eso seré tan poca cosa, incluso ante mí misma, que no podré escoger yo. Por eso me aferró de este modo a la idea del matrimonio, compréndalo.

—Sí, sí, claro, pero por más que quiera no logro comprender cómo espera ser escogida sin escoger usted.

—Ya sé que puede parecer imposible, pero tiene que ser así. Porque si fuese yo la que escogiera, todos los hombres me convendrían sólo con que yo les interesara un poco. Cualquier hombre que me mirase me parecería deseable por ese sólo hecho, y ¿cómo saber si me convenía o no si me parecía que sí solamente porque me miraba? No. Alguien tendrá que adivinar lo que más me conviene, yo sola no lo sabría jamás.

—Pero hasta los niños saben distinguir lo que más les conviene.

—Pero yo no soy una niña. Si me abandonase como una niña a lo que más me gusta, con las ocasiones que le salen a una por la calle, que le saltan a una constantemente, vamos, que lo sé muy bien, me iría con el primero que buscase en mí lo mismo que yo en él, y entonces sí que estaba definitivamente perdida. Seguro que me dirá usted que podría empezar una vida diferente, pero ya no tengo valor para eso.

—Pero ¿no ha pensado usted en que el que la escoja puede también equivocarse y hacerse desgraciado?

—Si que he pensado alguna vez en ello, pero no puedo antes de empezar lo que sea calibrar el mal que puedo causar más tarde a los demás. Lo que yo me digo es una cosa: Que si todo el mundo hace daño a los demás, más o menos daño, por el solo hecho de vivir, de

escoger, de equivocarse, si eso es inevitable, ¿qué le vamos a hacer?, también lo haré yo. Haré daño a quien sea, si todo el mundo lo hace.

—Tranquilícese. Habrá quien adivine que un día usted ha de existir, seguro que sí, para ese alguien y para los demás. Pero es que yo creo que uno puede llegar a hacerse a la idea de esa situación de que habla.

—¿Qué situación? ¿La de no ser jamás escogida por nadie?

—Sí, llámela como quiera. Porque lo que es a mí, eso de ser escogido me vendría tan de nuevas que creo que me echaría a reír si me ocurría así por las buenas.

—Pues a mí no me vendría de nuevas, sino que, al contrario, lo encontraría muy natural. Es precisamente el que nadie me haya escogido lo que se me hace raro. Eso es lo que no llego a entender y a lo que no quiero acostumbrarme.

—Ya le llegará, estoy seguro.

—Gracias, pero ¿lo dice usted para que esté contenta o es que eso se adivina, se conoce ya en mí por como soy?

—Se adivina, sí. Si he de decir la verdad, lo he dicho un poco impensadamente; pero no para que se quedase contenta, eso no. Lo he dicho porque me lo parece, vamos.

—¿Y en su caso cómo lo sabe?

—Bueno, porque... es que no me extraña, sí, debe de ser eso... A mí, la verdad, no me extraña eso que a usted, en cambio, la extraña tanto, eso de no ser escogido por alguien, y que desea tan vivamente.

—Pues yo en su lugar haría por tener ese deseo por encima de todo y no me quedaría así.

—Pero no lo tengo, ¿qué quiere usted?, y tendría que venirme de... de fuera. Nada puedo hacer.

—Ah, créame, oyéndole me entran ganas de morirme!

—¿Por mi causa? ¿De veras, o es un hablar?

—Es un hablar, desde luego, entre usted y yo.

—Porque la verdad es que no me gustaría ni poco ni mucho provocar en alguien, aunque fuese una sola vez, un deseo tan violento.

—Perdóneme usted.

—¡Oh no, no tiene ninguna importancia!

—Y quiero que sepa que le estoy muy agradecida.

—Pero ¿de qué?

—No lo sé, de su amabilidad.

II

El niño vino tranquilamente desde el fondo del *square* y se plantó de nuevo delante de la muchacha.

—Tengo sed —declaró.

La muchacha sacó de la bolsa un termo y un jarrillo.

—Claro —dijo el hombre—, después de comer sus dos bizcochos le ha entrado sed.

La muchacha le indicó el termo y lo destapó. La leche muy caliente todavía humeó al sol.

—Sí, pero ya le he traído leche —dijo.

El niño bebió ávidamente todo el contenido del jarrillo y se lo devolvió a la muchacha. Alrededor de los labios rosados le había quedado como una nube de leche. La muchacha se los secó con un gesto preciso y suave. El nombre sonrió al niño.

—Lo decía sólo por decir —dijo—, sólo por eso.

El niño contempló al hombre que le sonreía, con absoluta indiferencia. Luego volvió a la arena. La muchacha lo siguió con la mirada.

—Se llama Jacques —dijo.

—Jacques —repitió el hombre.

Pero ya no pensaba en el niño.

—No sé si habrá notado usted —continuó— que siempre se les queda leche en los labios cuando terminan de beber. Es curioso. Tienen ya su manera de hablar, de andar, y, de pronto, cuando beben leche uno se da cuenta...

—Este no dice nunca leche, dice siempre mi leche.

—Cuando veo algo así, como esta leche, me entra no sé por qué una confianza... Como un consuelo y al mismo tiempo un cierto abatimiento. En el fondo creo que todos los niños me recuerdan a los leones de aquel parque. Me parecen leones pequeños, pero leones al fin y al cabo.

—Pues no se diría que le hagan a usted tan feliz como aquellos leones con las jaulas de cara al sol.

—Sí, me hacen feliz pero no del mismo modo, es verdad. Son un poco inquietantes y turbadores. Y no es que los leones me gusten especialmente, no. Es, como quien dice, un modo de hablar.

—Tal vez exagera usted un poco la importancia de esa ciudad y con ello perjudica el resto de su vida. ¿O es que sin haberla visto pretende que yo comprenda la clase de felicidad que pudo causarle?

—Pues quizá sí. Quizá lo que me gustaría es podérsela describir a una persona como usted.

—¡Oh, gracias, es usted muy amable!, pero, ¿ve usted?, yo no he querido decir que sea especialmente desgraciada a causa de mi situación, más desgraciada que cualquier otra persona en esa misma situación. Se trata de otra cosa, de algo que temo que el conocimiento de ningún país del mundo podría borrar.

—Perdone, señorita, pero cuando he dicho que me gustaría poder describir a una persona como usted los buenos momentos que pasé en aquella tierra, no pretendía insinuar que sea usted desgraciada por causa de no saberlo; de ningún modo; quería decir simplemente que me parecía usted una persona indicada para comprenderme. Nada más, se lo aseguro. Pero ya he hablado demasiado de este tema y seguramente la estoy cansando.

—No, de veras que no. Yo quería tan sólo advertirle que si pensaba usted que soy desgraciada, estaba en un error. Naturalmente que a ratos lloro, claro que sí, pero es de impaciencia, de irritación, si quiere. Pero por nada más; la ocasión de estar seriamente triste, triste por mí misma, no ha llegado todavía.

—Sí, ya veo lo que quiere decir, pero, ¿no podría ser que se equivocase y acabase no viendo los inconvenientes de esto de ahora?

—No, no puede ser. O ser desgraciada como todo el mundo o no serlo. Quiero serlo como los demás si no lo evitaré por todos los medios. ¿Qué la vida es triste? Bueno, pero quiero averiguarlo yo, comprende, yo sólita y hasta el fin, y tanto como pueda. Luego, ¿qué se la va a hacer?, me moriré siendo como yo he querido y ya me llorarán. Yo quiero un destino como el de todos. Pero, cuénteme cómo era aquello.

—Lo haría muy mal. No dormía, comprende, y sin embargo no estaba cansado en absoluto.

—Y ¿qué más?

—No comía y no tenía apetito.

—¿Qué más?

—Mis problemas, mis pequeñas cosas, se habían desvanecido como si no hubieran existido nunca más que en mi imaginación. Me acordaba de ellos como de una cosa muy lejana y me hacían sonreír.

—Pero al final tendría hambre y se sentiría fatigado, no puede ser si no.

—Claro, pero es que no me quedé lo bastante en aquel sitio como para volver a tener hambre y sentir cansancio.

—Pero cuando volvió a sentirlo sería un cansancio enorme, ¿no?

—Me quedé dormido un día entero en un bosque del borde de la carretera.

—¿Cómo esos vagabundos que dan tanto miedo?

—Sí, igual, con mi maleta al lado.

—Ya comprendo.

—No, señorita, no creo que pueda entenderlo todavía.

—Quiero decir que lo intento y que un día lo conseguiré, comprenderé de golpe lo que me dice ahora. Porque poder, puede cualquiera, ¿verdad?

—Sí, pero yo creo que llegará un día en que lo comprenderá usted mucho más que cualquier otra persona; lo comprenderá hasta el fondo.

—¡Ah!, no se imagina usted lo difícil que es eso que le decía antes, eso de obtener por una misma, sin ayuda de nadie, un destino como el de los demás. Quiero decir lo difícil que es sobre todo vencer la dejadez que le entra a una, ¿comprende usted?, de tanto desear a solas con una misma las ventajas de que gozan los demás.

—Probablemente eso es lo que impide a muchos el intentar alcanzarlas. La admiro por saber superar esos obstáculos.

—¡Oh sí, pero con la voluntad no basta! Hasta ahora si bien es verdad que he gustado a algunos hombres, todavía ninguno me ha pedido que me casara con él. Una cosa es que a un hombre le guste una chica y otra muy distinta que se quiera casar con ella. Hay que admitirlo; contra eso no se puede. Pero es preciso que alguien me tome en serio por lo menos una vez. Quería preguntarle una cosa; cuando se desea algo continuamente, a todas horas del día y de la noche, ¿cree usted que se acaba forzosamente por conseguirlo?

—No creo que se tenga forzosamente que obtener, pero sí por lo menos que ese es el mejor camino para conseguirlo. No conozco otro.

—Es un hablar, ¿verdad usted?, y como que no nos conocemos puede decirme la verdad.

—Sí, le repito que no conozco otros medios. Aunque, bien mirado, tal vez tenga poca experiencia y no pueda saber a ciencia cierta si es así o no.

—Porque yo he oído decir lo contrario, o sea que es no preocupándose en absoluto

por contener una determinada cosa como se acaba por conseguirla.

—Pero ¿cómo es posible no querer una cosa y al mismo tiempo desearla tanto?

—Es lo que yo me digo, y la verdad es que esa manera de ver las cosas no me ha parecido nunca del todo seria. Eso está bien, creo yo, para la gente que desea alguna cosa en concreto, que tiene ya algo y que desea algo más, pero no para los que como nosotros, perdón, quiero decir que para los que como yo, no desean todo, no en concreto, sino... ¿cómo se dice eso?

—Por principio.

—Eso, sí. Pero me gustaría que me siguiese hablando de los niños. Decía usted que le gustaban.

—Sí. A veces, cuando no tengo con quien hablar, me pongo a hablar con ellos. Pero, ya sabe usted, con los niños no se puede hablar mucho rato.

—¡Oh sí, lleva razón!, somos lo último de lo último.

—Bueno, yo no quiero decir que me sienta necesariamente desgraciado o triste, cuando digo que a veces tengo tantas ganas de hablar que recurro a los niños. No, no es eso, puesto que en cierto modo he escogido la vida que hago y no iba a ser tan necio como para escoger una vida que me hiciera desgraciado.

—¡Oh, perdone, no quise decir eso! La frase se me ha escapado a la vista de este día tan hermoso. Debe usted intentar comprenderme sin tomar muy en cuenta mis palabras. El buen tiempo, a veces, me hace dudar de todo, pero es sólo unos momentos. Perdone.

—De nada, no tiene importancia. Compréndame, si vengo de cuando en cuando a sitios como éste, es porque llevo ya varios días sin hablar, sin charlar con nadie, es decir, solamente con aquellos a quienes vendo mis mercancías, que suelen ser gente con prisa o desconfiada con la que no puedo cruzar otras palabras que las indispensables para hacer el artículo. Y varios días así se nota, ya lo creo. Se aburre uno tanto sin poder conversar con alguien, sin alguien que le escuche, que es como una enfermedad; puede dar incluso fiebre.

—Sí, ya lo sé, en esos casos parece que pueda una prescindir de todo, de comer, de dormir, de todo menos de hablar con alguien. ¿Pero en aquella ciudad no necesitó usted niños, verdad?

—No, no eran los niños lo que interesaba.

—Claro, así lo había entendido antes.

—Los veía de lejos. Hay muchos en los arrabales y andan muy libres; a la edad de ese que cuida usted, a los cinco años, ya atraviesan solos de punta a punta la ciudad para ir al parque. Comen en cualquier sitio y duermen la siesta a la sombra de las jaulas de los leones. Les veía de lejos durmiendo a la sombra de las jaulas.

—Los niños, verdaderamente, tienen todo el tiempo por delante, hablan con quienquiera que les dirija la palabra y están siempre dispuestos a escuchar, pero una no sabe qué decirles.

—Ahí está lo malo, sí. No tienen nada contra los solitarios ni desconfían de nadie, pero, como usted dice, no se sabe de qué hablarles.

—¿Y qué más?

—¡Oh!, ellos aprecian a cualquiera que les hable de aviones y de locomotoras. Sólo se les puede hablar de eso, siempre de lo mismo. Claro que en el fondo importa poco, ¿qué más da?

—Lo demás no lo pueden entender, la infelicidad, por ejemplo, y hablarles de ello no puede hacerles ningún bien.

—Si se les habla de otras cosas no escuchan, se van.

—Yo, a veces, hablo sola.

—A mí también me ocurre.

—Pero no es que me hable a mí misma, no. Hablo a una persona imaginaria, y no a una persona cualquiera, sino a mi enemigo personal. Fíjese, todavía no tengo amigos y ya

invento enemigos.

—¿Y qué le dice usted?

—Lo insulto sin dar jamás explicaciones. Por qué haré eso, ¿dígame?

—¿Quién sabe? Probablemente porque un enemigo es una persona que no nos comprende y usted, no soportaría que la comprendiesen, el consuelo que eso da.

—Además es un modo de decir algo que no tenga nada que ver con el trabajo.

-- Sí. Y puesto que nadie la ha de oír y que le gusta, ¿Por qué se va a privar de ello?

—Cuando hablaba de la infelicidad que los niños no pueden entender me refería a la infelicidad en general, a la de todo el mundo, y no a la de nadie en particular.

—Y así lo he entendido, no se preocupe. Sería horrible que los niños pudieran entender en qué consiste la infelicidad. Son los únicos seres que uno no soporta ver sufrir.

—Hay mucha gente feliz, ¿verdad?

—No lo creo. Muchos creen que serlo es muy importante y creen que lo son, pero, en el fondo, no lo son tanto.

—Pues yo me imaginaba, en cambio, que era como un deber de todos los hombres el buscar la felicidad, igual que se busca el sol y no la sombra. Mire usted, en mi caso, por ejemplo, con qué afán me lo tomo.

—Sí, es como un deber, yo también lo creo. Pero cuando uno, ¿comprende?, busca el sol, es porque está en la oscuridad. No puede hacer otra cosa. En la oscuridad no se puede vivir.

—Pero esa oscuridad me la hago yo misma, e igual que los otros buscan el sol, yo también lo busco, y la felicidad es lo mismo. Lo hago para encontrar mi felicidad.

—Sí, ya lo comprendo, precisamente porque las cosas en su caso se plantean de un modo más sencillo, no tiene usted otra salida, pero los demás sí que la tienen, y puede que se aburran por otra cosa que no saben bien en qué consiste.

—El señor de la casa en que sirvo parece feliz a primera vista. Es un hombre de negocios con mucho dinero. Sin embargo, es distraído como si, sí, como si se aburriese. Yo creo que no me ha mirado nunca, que me conoce sin haberme visto.

—Pues usted es una persona que se hace mirar, señorita.

—Este no mira nunca a nadie, se diría que no sabe para qué tiene los ojos. Por eso creo que es menos feliz de lo que parece. Como si estuviese cansado de todo, incluso de ver.

—¿Y su mujer?

—Su mujer también parece feliz, pero yo sé que no lo es.

—Las mujeres de esa clase de hombres se acobardan fácilmente y tienen una mirada caída y fatigada de mujeres sin ilusiones, ¿verdad?

—No, ésta no; tiene una mirada clara y nada la coge desprevenida. La tienen por una mujer mimada por la vida. Pero no, yo sé que no. En mi oficio una se da cuenta de estas cosas. A menudo, por la noche viene a la cocina con una cara inconfundible de no saber que hacer, como si buscase mi compañía.

—Es lo que decíamos: en el fondo, la gente se adapta mal a la felicidad. Todos la desean, pero en cuanto la consiguen se atormentan pensando...

—No sé si es que uno no se adapta bien a la felicidad, o si es que la gente la entiende mal, si es que no sabe lo que quiere, ni servirse de lo que tiene, o si al contrario se cansa de tanto usar las mismas cosas, no lo sé; pero lo que sí sé es que se habla de ella, que la palabra existe y que no la habrán inventado en balde. No porque me haya dado cuenta de que las mujeres casadas, incluso las que pasan por más dichosos, se preguntan por las noches por qué llevan la vida que llevan en lugar de otra cualquiera, voy a pensar que esa palabra se ha inventado en vano. No debo sacar conclusiones.

—Desde luego que no. Cuando decíamos que la gente se adapta mal a la felicidad, está clavo que no queríamos decir que había que evitarla. Pero yo quería preguntarle: ¿Es siempre a eso de las seis cuando esa mujer viene a verla? ¿Y le pregunta siempre que qué tal

le va a usted en aquel momento?

—Sí, siempre es a esa misma hora. Ya sé, no vaya usted a creer, ya sé que es una hora en que muchas mujeres echan de menos otra cosa muy distinta, que nada tiene que ver con lo que tienen o con lo que no tienen, pero no es sólo eso, no me basta con esa explicación.

—Cuando se tiene todo para que las cosas vayan viento en popa, siempre pasa lo mismo, la gente encuentra el modo de echarlo a rodar. Y es que la felicidad les resulta amarga.

—Es igual. Se lo repito, quiero conocer la amargura de la felicidad.

—Se lo decía sin intención, sólo por hablar.

—Parece que, aunque no sea para desilusionarme, quiere usted ponerme sobre aviso.

—No es eso, casi que no es eso. En todo caso, muy poco, se lo aseguro.

—Pero ya ve usted que mi mismo oficio me entera de los inconvenientes de la felicidad; no se preocupe. Por otra parte, poco importa, en el fondo, que sea la felicidad u otra cosa; yo necesito algo a que agarrarme. Quiero la parte que me toca, ni más ni menos. Quiero hacer como todo el mundo. No puedo ni siquiera imaginar que me tenga que morir un día sin haber tenido mi parte, sin poder mirar cuando llega la noche, igual que hace la señora cuando viene a verme.

—Resulta difícil imaginarla con los ojos cansados. Quizás no lo sepa usted, pero tiene unos ojos muy bonitos.

—Serán bonitos algún día.

—¿Qué quiere usted?, imaginar que algún día puede llegar a tener algún parecido con esa señora, como quiera que sea, desilusiona un poco.

—Pero será lo que tenga que ser, y pasaré por todo lo necesario. Esa es mi mayor esperanza. Mis ojos serán bonitos y luego se volverán sombríos, como todos los ojos.

—Cuando le decía que sus ojos eran bonitos me refería sobre todo a la mirada.

—Pues se equivoca, sin duda. Y aunque no se equivocase, la mirada es mía y no me conformo con ella.

—Comprendo, sí, señorita, pero es difícil no decir que, por lo menos para los demás, tiene usted bonitos ojos.

—Porque si no estoy perdida. Sólo con que me conforme con tener la mirada que tengo, estoy perdida.

—¿Y esa mujer va a la cocina, decía usted?

—Sí, a veces. Es el único momento del día en que lo hace. Y siempre me pregunta lo mismo: que qué tal me va.

—Como si algo pudiera cambiar para usted de un día para otro...

—Exactamente, sí.

—Esta clase de gente se hace ilusiones a nuestro respecto, qué quiere usted. Pero, quién sabe, a lo mejor eso de entretenerlos forma parte de nuestro servicio.

—¿Acaso ha servido usted también a un amo, que comprende tan bien estas cosas?

—No, señorita pero la gente de nuestra condición vivimos tan amenazados por eso que lo comprendemos mejor que los demás.

Entre el hombre la muchacha se produjo una pausa lo bastante larga como para que pareciesen distraídos, ocupados tan sólo en gozar de aquella hora benigna. Luego el hombre rompió a hablar de nuevo. Dijo:

—En lo principal estamos de acuerdo. Cuando le hablaba de esa mujer, y en general de los que evitan ser del todo felices, no quería ni mucho menos decir que no había que seguir su ejemplo, que no teníamos que probar nosotros y fracasar también, a nuestra vez. Ni tampoco que no se hayan de consentir deseos como ese que usted tiene de un hornillo a gas y precaverse de antemano contra los que le entrarán después, cuando ya lo haya comprado y sea suyo, el de la nevera, por ejemplo, o el de la misma felicidad. No he querido insinuar ni por un momento que ponía en duda lo bien fundamentado de sus esperanzas. Al contrario,

créame, me parecen muy puestas en razón.

—¿Es que se va usted ya, que me habla de ese modo ?

—No, no, es simplemente que no quiero que se engañe acerca del sentido de mis palabras.

—Al oírle hablar así de repente, me había parecido que sacaba la conclusión de todo lo que habíamos dicho porque le había entrado prisa por marcharse.

—No, no tengo ninguna prisa. Le decía que estaba de acuerdo con usted e iba a añadir que, a pesar de todo, lo que no acababa de entender era eso de que acepte todo el trabajo suplementario que le dan, siempre y de cualquier clase que sea. Siento hacerme pesado, pero es que no puedo admitirlo de ningún, modo, aún entendiendo muy bien las razones que tiene usted para hacerlo. Temo... lo que temo, ve usted, es que se crea obligada a aceptar el máximo de explotación para merecer un día el acabar totalmente con ella.

—¿Y si así fuera?

—¡Oh no, de ningún modo! Nada ni nadie tienen, a mi juicio, la misión de recompensar nuestros méritos personales, sobre todo los desconocidos y oscuros. Estamos abandonados.

—¿Y si yo le dijera que no es eso, sino tan sólo el deseo de conservar lo más íntegro posible el horror que me inspira este oficio?

—Perdón, pero no, ni siquiera en ese caso puedo estar de acuerdo. Usted ha empezado ya a vivir en la realidad y tiene que repetírselo incansablemente. Siento tenerle que hablar así, pero sí, lo creo. Creo que ha empezado usted y que también para usted pasa el tiempo y que lo pierde, lo derrocha aceptando esas faenas u otras que podría evitar.

—Es usted muy amable intentando ponerse en mi lugar y ser tan comprensivo. Yo no podría.

—Porque usted tiene otras cosas en que pensar; esa es la ventaja, ¿lo ve?, de no poner tanto ahínco en la esperanza.

—A lo mejor tiene usted razón, tal vez el hecho de que esté decidida a salir de esto es ya una señal de que la cosa ha comenzado. Y el que llore de vez en cuando también puede ser una señal; más vale que me dé cuenta.

—No, llorar todo el mundo llora; no es eso; lo que es una señal es que esté usted aquí, simplemente.

—Pero un día fui al sindicato a informarme y me dijeron que la mayor parte de las cosas que hacemos entraban dentro de nuestras obligaciones normales. Fue hace dos años. A usted, en el fondo, ya se lo puedo contar: a veces en este oficio tenemos que ocuparnos de ancianas de ochenta y dos años que pesan noventa y dos kilos y que no están en sus cabales, y que se hacen sus necesidades encima a todas horas del día y de la noche, y de las que nadie quiere ni oír hablar. Es tan penoso que, sí, lo confieso, una acaba por ir al sindicato. Pero resulta que estas cosas no están prohibidas, no están ni siquiera previstas. Además, aunque estuvieran previstas, ya sabe usted que siempre habría entre nosotras alguna dispuesta a hacer cualquier clase de trabajo, a hacer lo que las demás no quisiéramos hacer; siempre habría alguna que quisiera aceptar lo que a las demás nos daría vergüenza.

—¿Noventa y dos kilos, dice usted?

—Sí, la última vez que se pesó y después todavía ha engordado, y fíjese, no fíjese matarla hace dos años al volver del sindicato, cuando yo tenía dieciocho años y ella ya estaba así de gorda, y no la he matado tampoco a pesar de que cada día es más fácil, porque cada día envejece un poco más y se vuelve más débil a pesar de su gordura y estoy sola con ella, en el cuarto de baño, que está al fondo del pasillo que le decía antes, y que es largo como la mitad de este jardín, y de que bastaría mantenerla tres minutos debajo del agua para acabar con ella. Además es tan vieja que sus hijos no darían demasiada importancia a su muerte, ni ella tampoco, porque ya no se entera de nada. Y fíjese bien, no sólo no lo hago, sino que la cuido muy bien, por las razones que ya le he dicho, es decir porque matarla significaría que

me imagino que mi situación podría mejorar sin variar las cosas de como están, o sea hacerse simplemente soportable. Y cuidarla mal sería igualmente contrario a mis planes porque siempre habría otra dispuesta a hacerlo bien. "Por cada una que se va, hay diez esperando", es el único estatuto de nuestro oficio. No, desde luego que no: sólo un hombre puede sacarme de esto, ni el sindicato ni yo misma. Ya se lo he dicho.

—¡Ah, de verdad, ya no sé qué decirle!

—Dejémoslo.

—Sí, señorita, pero por última vez, lo de esa mujer, creo yo y usted misma lo dice, sería casi como no hacerlo. Nadie, ni ella misma, le daría mucha importancia, ya lo ha dicho usted. Por última vez, y no es que quiera darle consejos, no, pero yo creo que en ciertos casos, cualquiera, otros en su caso, podrían hacerlo y seguir esperando de la misma manera lo que hubiese de venir.

—Sí, es inútil que me lo diga. Prefiero que esa cosa horrenda siga engordando. Es mi único medio de salir de esto.

—Es un hablar, ¿verdad usted?, pero yo simplemente me preguntaba si no sería como un deber el buscar respiro a esa esperanza tan rigurosa.

—Conozco a una, en el fondo lo mismo da ya que se lo cuente, que lo ha probado, que ha matado.

—No, no puede ser, lo habrá creído incluso ella misma, pero no puede ser, no lo ha hecho.

—Sí, a un perro. Cuando tenía dieciséis años. Y no me diga usted que no es igual; ella lo hizo y dice que es casi lo mismo.

—Bueno, sería que no le daban de comer, pero eso no es matar.

—Si que le daban, ella y el perro comían la misma comida. Era uno de esos perros que cuestan mucho dinero, ¿sabe? A los dos les daban una comida especial, pero la misma. Y un día ella le robó su bistec, una vez sólo. Pero a partir de ese día lo necesitaba.

—Claro, era aún muy jovencita y necesitaba carne, como los niños.

—Lo envenenó. Aprovechó cuando estaba durmiendo para echar esponja en su comida. De poco le valió que estuviese durmiendo, me contaba, porque el perro tardó dos días en morir. Sí que es igual. Ella que lo vio morir lo sabe.

—Pero... que no hubiese sido natural es que no lo hubiera hecho.

—¿Por qué se ensaña ahora con el perro? A pesar de lo que comía, era su único amigo. Nos parece que no somos malos y ¡ya ve!

—Es que todo esto no tendría que existir. Pero como existe, no tenemos más remedio que hacer cosas que no deberíamos hacer. Es inevitable, absolutamente inevitable.

—Se averiguó que había sido ella quien lo había matado y la echaron. No podían hacer otra cosa porque matar a un perro indica que se tienen malos sentimientos. Ella tenía tantos remordimientos que decía que hubiese preferido que la castigaran de verdad. En este oficio le entran a unas ganas de cosas espantosas.

—Pues déjelo.

—Trabajo durante todo el día y le aseguro que preferiría trabajar aún más con tal de que fuese en algo que se hiciera al aire libre, a la vista de todos, que se midiese como lo demás en dinero. Me gustaría hacer de picapedrero en los caminos o de peón en una fragua.

—Pues hágalo, ¿por qué no?, haga de picapedrero y deje esto.

—No, no puede ser, yo sola, ya se lo he dicho antes, no lo conseguiría. Ya lo he probado y no he podido. Sola, compréndalo, sin el cariño de nadie, creo que me dejaría morir de hambre, me abandonaría.

—Hay mujeres que hacen de picapedrero, las hay y no son menos mujeres por eso.

—Lo sé y me lo repito cada día, no tema. Pero, ¿ve usted?, por ahí tenía que haber empezado. Ahora sé que no podría. Esta situación la saca a una tanto de quicio que, como le decía, fuera de ella se encontraría una todavía más sin sentido, llegaría a creer que no valía la

pena de seguirse alimentando. No, desde ahora lo que me hace falta es un hombre para el que existir; sólo así podré hacerlo.

—Pero eso, señorita, ya sabe usted cómo se llama...

—No, no lo sé. Lo que sé es que debo perseverar en esta esclavitud para que un día le pueda volver a tomar gusto... a comer, por ejemplo.

—Perdone, yo...

—No, fíjese, es necesario que siga así el tiempo que sea. Y no es un empeño, créame, es que no vale la pena buscar alivio a tanta esperanza, como usted dice, porque si lo intentase ya no tendría ninguna clase de esperanza. Espero. Y entre tanto procuraré no matar a nadie, ni a un perro, porque esas son cosas demasiado serias que podrían volverme mala para toda la vida. Pero hablemos un poco de usted que viaja tanto y que también está solo.

—Viajo, sí, y estoy solo.

—Tal vez algún día. yo también viajaré.

—No se puede estar viendo a la vez más que una sola cosa, y el mundo es grande, y para verlo no contamos más que con nosotros mismos, con nuestros dos ojos. Parece poca cosa, pero ya ve usted, todo el mundo viaja.

—Pero aunque sólo se pueda ver una cosa cada vez, debe de ser un buen pasatiempo, me imagino.

—El mejor sin duda, o por lo menos pasa por tal. En los trenes el tiempo pasa insensiblemente, como cuando uno duerme. Y en los barcos todavía más. Se pone uno a mirar el entarimado y el tiempo vuela.

—A veces, en cambio, pasa tan despacio que parece que le salga a una del cuerpo.

—Pero usted podría hacer un viajecillo si se tomase ocho días de vacaciones. Bastaría con quererlo. Ahora mismo, mientras espera, quiero decir, podría hacerlo.

—Verdaderamente, esperar se hace muy pesado. Me afilié a un partido político, creyendo, no que por eso las cosas habrían de ir más deprisa, sino que la espera me parecería más corta, pero de todos modos es muy pesado.

—Pero precisamente, igual que se ha afiliado a un partido y que va a ese baile y que hace todo lo que le parece bueno para salir de esto, mientras espera que llegue el momento de que las cosas se presenten como usted las desea, podría también hacer un viaje.

—Yo no quiero decir más que a veces se me hace muy largo.

—Bastaría con que abandonase usted un poco esta tesitura y podría echarse un viajecillo de ocho días.

—Al salir del baile, el sábado, ya lo he dicho, a veces lloro. Porque ¿cómo se puede obligar a un hombre a que la quiera a una? El cariño no se puede forzar. A lo mejor es esa tesitura que usted dice la que hace que no les guste a los hombres. Es rencor y eso no puede gustar.

—Yo sólo quería decir que esa tesitura le impide tomarse ocho días de vacaciones. No me atrevería a aconsejarla que hiciese como yo y que considerase excesiva tanta esperanza; no es eso. Pero a pesar de todo, comprende, ya que ha decidido, por ejemplo, dejar vivir a esa mujer todo lo que quiera, y hacer todo lo que la exijan para que se haga absolutamente necesario salir de esto algún día, podría, por ejemplo, como compensación, tomarse unos días de vacaciones y dar una vuelta. Incluso yo lo haría, me parece.

—Ya le entiendo, sí señor, pero ¿qué haría, dígame, con esas vacaciones? No sabría cómo aprovecharlas. Se me irían mirando cosas que no llegarían a interesarme.

—Hay que aprender a que le interesen a uno, hay que aprender aunque cueste. Podría aprender ya desde ahora con vistas al porvenir. Porque se aprende a ver las cosas con interés.

—¿Pero cómo quiere usted que aprenda a interesarme por las cosas actuales si estoy extenuada de esperar las de mañana? No tendría paciencia para fijarme en lo nuevo.

—Pues no se hable más del asunto. Se lo proponía como cosa sin mayor importancia.

—¡Oh, si usted supiera!, ¡puedo querer tanto!

—Cuando un hombre la saca a bailar ¿piensa usted enseguida que pudiera ser el que se ha de casar con usted?

—Sí, así es. Hoy demasiado práctica, ¿Ve usted?, eso tiene la culpa de todo. Pero ¿qué le voy a hacer? Creo que no podría querer a nadie si no después de haber empezado a ser libre, y ese comienzo de libertad sólo puede dármelo un hombre.

—Y, perdone, de un hombre que no la saca a bailar, ¿piensa también que es el que podría casarse con usted?

—Menos, porque creo que en el movimiento y en las vueltas del baile es donde es más fácil que un hombre pueda olvidar lo que soy, o si se hubiese enterado entonces, sentir menos repugnancia por ello. Bailo bien, le advierto, y cuando bailo nadie se da cuenta de mi condición. Entonces soy igual que las demás. ¡Oh! a veces ya no sé qué hacer.

—Pero mientras dura el baile; piensa usted en eso?

—No, mientras bailo no pienso en nada. Pienso antes o después, pero entre tanto es como si durmiera.

—Todo llega algún día, todo. Parece que nunca haya de ocurrir nada y ocurre. No hay un solo hombre entre tantos millones a quien eso que usted espera no le haya ocurrido.

—Temo que se equivoque usted acerca de lo que espero.

—Bueno, no hablo sólo de lo que usted sabe que espera, sino de lo que espera sin saberlo. De algo inminente que espera usted sin saber.

—No veo lo que quiere usted decir. Es verdad que no espero eso como cosa próxima. Pero me gustaría, de todos modos, saber cómo ocurre. Dígamelo, ¿quiere?

—Ocurre como todo lo demás.

—¿Cómo lo que espero sabiéndolo?

—Igual. ¿Pero cómo explicarle cosas de las que lo ignora usted todo? Yo creo que eso ocurre lo mismo de repente que tan lentamente que uno no pueda darse cuenta. Y cuando ya ha ocurrido no se siente el menor asombro, parece que siempre ha sido así. Un día se despertará y ya esta. Como el hornillo de gas, un día se despertará y sin saber cómo, el hornillo habrá llegado hasta usted.

—Pero usted por ejemplo, que se pasa todo el tiempo viajando y que está tan poco expuesto a los acontecimientos, si he entendido bien...

—Puede ocurrir en cualquier parte, incluso en el va y viene de los trenes. La única diferencia entre esos acontecimientos y los que usted desea vivir es que no tienen futuro, que no se puede fundar nada en ellos.

—¡Ah, qué triste debe ser a la larga el vivir siempre de cosas que no tengan futuro! Ya veo que también usted debe llorar a veces.

—No, es como en todo, uno acaba acostumbrándose. Además eso de llorar es cosa que le ocurre a todo el mundo por lo menos una vez en la vida, a cada uno de los millones de hombres que pueblan la Tierra. Llorar no prueba nada. Además cualquier cosa me consuela. Por ejemplo, siento un gran contento cuando me despierto por la mañana. Cuando me afeito canto muy a menudo.

—No creo, usando sus mismas palabras, que cantar pruebe tampoco nada.

—Pero no, si es que vivir me gusta. No creo que sobre eso nos podamos, quiero decir que nadie se pueda equivocar.

—No se lo que será, pero probablemente es por eso por lo que no acabo de comprenderle.

—Pero señorita, por desgraciada que se sienta, digo por simplificar, perdone que insista tanto en lo mismo, debiera, permítame, poner un poco más de buena voluntad.

—Pero, por favor, si no puedo esperar más y sigo esperando, si no puedo ya más de lavar a la vieja y lo sigo haciendo, si hago todo lo que no puedo ya hacer ¿qué quiere usted más?

—Pero cuando digo buena voluntad quiero decir que podría usted lavar a la vieja como si fuera otra cosa, como quien limpia una cacerola, por ejemplo.

—No. Eso también lo he probado ya, pero no se puede. Es una cosa que se ríe y huele mal, una cosa viva.

—Entonces ¿qué hacer?

—A veces ya no lo sé. Tenía sólo dieciséis años cuando todo esto empezó. Al principio no me di perfecta cuenta de lo que significaba y ahora ya tengo veintiuno y todavía no me ha ocurrido nada, nada absolutamente, y como propina esa vieja abuela que no se acabará de morir antes de que a nadie se le ocurra preguntarme si quiero casarme. A veces me pregunto si no estaré soñando, si no estaré inventando tantas dificultades.

—Pero podría usted cambiar de familia, y encontraría tal vez una en la que no hubiera personas tan viejas y que tuviera al mismo tiempo otras ventajas, ventajas relativas, quiero decir.

—No. En cualquier casa me tratarían de un modo diferente que al resto de la familia. Además cambiar de colocación en este oficio no quiere decir absolutamente nada, porque lo que a una le convendría es precisamente lo que no existe. Aunque encontrara una familia como la que usted dice no la soportaría ni más ni menos. Además a fuerza de cambiar y cambiar, sin que en el fondo cambiase nada, acabaría por creer, que sé yo, en la fatalidad, y haciéndome a esa idea sobre la que no vale la pena de insistir más. No, no; es preciso que me quede donde estoy hasta que llegue el momento de dejarlo para siempre; estoy segura de ello no sabría decirle hasta qué punto, tanto como de que ahora estoy donde estoy.

—Pero entre tanto podría usted hacer muy bien ese pequeño viaje, estoy seguro de que podría.

—Tal vez podría intentarlo, sí.

—Sí, claro que podría.

—Pero por lo que usted dice esa ciudad debe de estar muy lejos, muy lejos.

—Es que yo fui por etapas y tardé quince días parándome al día aquí y otro allá. Pero si se tienen los medios se llega tranquilamente en una sola noche, en el tren.

—¿En una sola noche?

—Sí. Ahora allí ya están en pleno verano. Yo no digo, claro está, que a cualquiera le tenga que parecer tan hermosa como me pareció a mí, nada de eso, que algunos pueden encontrarla incluso desagradable. Probablemente yo la vi de un modo diferente distinto de los que no ven en ella más que la ciudad misma.

—Pero si ya se va con la idea de que alguien tuvo allí un buen momento, estoy segura de que no se la mira ya con los mismos ojos. Bueno, es sólo un hablar, ¿verdad, usted?

—Sí, señorita.

Se callaron. El sol descendió insensiblemente, pero un instante el recuerdo del invierno flotó sobre la ciudad. Fue la muchacha quien rompió a hablar de nuevo.

—Estoy convencida —dijo— de que debe quedar en el aire un rastro de ese momento de felicidad. ¿No lo cree usted?

—No lo sé.

—Quería preguntarle algo: Cuando eso de que hablábamos le ocurre en un tren, ¿cómo es? ¿Puede usted contármelo?

—¡Oh, no es nada, nada en absoluto! Ocurre, simplemente. Muy poca gente, ¿sabe usted?, podría tomar en serio a un viajante de comercio de mi categoría.

—No eso no. Yo soy una chica para todo y, ya ve usted, tengo esperanzas. No está bien que hable usted así.

—Perdone, es que me explico mal. Usted cambiará; yo no lo creo; no, ya no. Y, qué quiere, las cosas son como son, y aunque, se puede decir, no tenga la culpa de ser lo que soy, no puedo dejar de verme como un viajante de comercio. A los veinte años me ponía, unos *shorts* blancos y jugaba al tenis. Pero las cosas empiezan de cualquier manera. No nos damos

bastante cuenta. Y luego pasa el tiempo y nos encontramos con que las soluciones en la vida son muy pocas y aquello que empezó se afianza, y cada vez más, hasta que llega un día en que la sola idea de cambiar se nos hace extraña.

—Ese debe ser un momento terrible.

—No, pasa desapercibido, como el tiempo mismo. Pero no se ponga usted triste. No me quejo de mi vida; no pienso nunca en ella. A decir verdad, me distraigo con cualquier cosa.

—Sin embargo, se diría que no lo cuenta usted todo.

—Le aseguro que no soy un hombre a quien se pueda compadecer.

—No diga, también yo sé que la vida es terrible, igual que se que puede ser excelente.

Se produjo un nuevo silencio entre el hombre y la muchacha. El sol descendió un poco más.

—Aunque, como ya le he dicho, yo no pude tomar el tren más que por etapas cortas, me figuro que no debe ser caro.

—La verdad es que tengo pocos gastos —dijo la muchacha—, los más importantes son los del baile. No, sí, ve usted, aunque el tren costase caro de podría hacer ese viaje, si quisiera. Pero, se lo repito, esté donde esté tengo la impresión de perder al el tiempo. ¿Qué haces aquí, me diría, en lugar de estar en el baile? Por el momento tu sitio está allí, dondequiera que estuviese pensaría eso. Es en el distrito catorce, por si quiere saberlo. Van muchos soldados, y ellos, desgraciadamente, no piensan en casarse ni mucho menos, pero también va otra clase de gente, y nunca se sabe. Sí, es en la Croix Nivert y se llama Sala de la Croix Nivert.

—Gracias, señorita. Pero, ¿sabe usted?, en esa ciudad también hay bailes a los que podría ir, quién sabe, si se decidiese a hacer el viaje... Y allí nadie la conocería.

—Están en las terrazas, al aire libre, ¿verdad?

—Sí, al aire libre. Y los sábados duran toda la noche.

—Sí, ya, pero tendría que mentir acerca de lo que soy. Eso no tiene que ver conmigo, me dirá usted seguramente, pero esta situación en como un pecado que una tiene que esconder.

—Pero puesto que tiene tantos deseos de acabar con ella, esconderla sería mentir sólo a medias.

—Me parece que sólo sabría mentir sobre algo de lo que me sintiese responsable, no sobre otras cosas. Además, es curioso, pero me siento como atada a ese baile de la Croix Nivert más que a ningún otro. Es una sala pequeña para gente de mi condición y que va muy bien a mis intenciones. En cualquier otro me sentiría desplazada, extraña. Si fuera usted podríamos bailar un par de bailes mientras espero a que me saquen. Bailo bien. Y sin haber aprendido.

—Yo también.

—Es raro, ¿no cree? ¿Por qué bailaremos bien precisamente nosotros? Quiero decir, mejor que las otras gentes.

—¿Mejor que los que bailan mal, quiere usted decir?

—Sí. ¡Conozco a cada uno! ¡Ah, si los viera usted! No dan ni una, es como si fuera chino para ellos... ¡Ja, Ja!

—¡Pero, si se está usted riendo!

—No puedo evitarlo. La gente que no sabe bailar me hace reír. Venga a probar y a fijarse, y nada, que no pueden.

—Es que debe de ser una cosa que no se aprende, debe ser por eso. Esos que dice usted ¿son de los que dan saltitos o de los que arrastran los pies?

—Ella da saltitos y él arrastra los pies, conque imagínese qué pareja... Bueno, que no sé como pintárselos. Claro que ellos no tienen la culpa, me va usted a decir...

—No, no tienen la culpa. Pero uno tiene la impresión de que no es del todo injusto

que les salga tan mal.

—Pero a lo mejor nos equivocamos.

—Tal vez sí, pero tampoco es tan importante lo de bailar mal o bien.

—No, no es tan importante, pero, fíjese, es como si tuviésemos una pequeña fuerza escondida, insignificante, desde luego... ¿No cree usted?

—Pero también ellos podrían bailar perfectamente.

—Sí, de acuerdo, pero en ese caso habría otra cosa, no sé cuál, que nos estaría reservada, algo que tendríamos nosotros y ellos no.

—Va tampoco sé cuál, pero tiene usted razón, la habría.

—Le confieso que a mí bailar me gusta mucho. Es la única de las cosas que hago actualmente que me gustaría seguir haciendo durante toda la vida.

—A mí también me gusta mucho. ¿Ve usted?, es una cosa que gusta a toda clase de gente, incluso como nosotros. Quizá si no nos gustase tanto no lo haríamos tan bien.

—A lo mejor, ¿quién sabe?, ni siquiera sabemos cuánto nos gusta.

—¿Y qué más da? Podemos continuar ignorándolo.

—Cuando el baile ha terminado, ¡entonces es cuando me doy cuenta! Es el lunes. La llamo "vieja cochina" mientras la lavo. No creo ser mala por eso, y como no tengo a nadie que me diga si lo soy o no, me atengo a lo que me parece. Cuando la llamo "cochina" me sonríe.

—Yo se lo diré, si me lo permite, no es usted mala.

—Pero cuando pienso en ellos, si usted supiera, lo hago con tanta maldad..., como si tuviesen algo que ver con lo que me pasa. Pero no puedo hacerle más.

—No tome en consideración esos pensamientos. No es usted mala.

—¿De veras lo cree usted?

—Claro que lo creo, estoy convencido. Algún día será usted generosa en dar su tiempo y en darse usted misma.

—Usted sí que es bueno.

—Le aseguro que no se lo digo por bondad.

—¿Pero y a usted? ¿A usted qué le pasa?

—Nada. Ya no soy joven, como puede usted ver.

—Pero usted, según decía, ha pensado incluso en matarse.

—¡Oh, era sólo por pereza de seguir alimentándome!, nada serio. No, nada.

—Eso no es posible. Algo le tiene que pasar, a no ser que usted mismo se empeñe en que no le pase nada.

—No me pasa nada aparte de lo que a todos nos pasa todos los días.

—Y en aquella ciudad, perdone que insista.

—Dejé de encontrarme solo, pero luego pasó y volví a estar solo. Creo que fue una casualidad.

—No, cuando alguien es como usted sin alguna esperanza, es porque le ha ocurrido algo, eso no es natural.

—Lo comprenderá usted algún día, señorita. En el mundo hay gente tan satisfecha por el sólo hecho de vivir que no necesita la esperanza. Yo me afeito cantando todas las mañanas, ¿qué quiere usted más?

—Pero después de haber estado en aquella ciudad, ¿fue usted desgraciado?

—Sí.

—Y en aquella ocasión ¿no pensó también en no salir de su habitación?

—No, esa vez no lo pensé. Porque había aprendido que se puede dejar de encontrarse solo, aunque sea por casualidad.

—Cuénteme que es lo que hace usted por las mañanas.

—Vendo mis mercancías, llego, como, viajo y leo el periódico. Los periódicos me distraen extraordinariamente, los leo de cabo a rabo, incluso los anuncios. Cuando termino de leer, he de hacer un esfuerzo, porque no sé muy bien ni quién soy, de tan absorto.

—Pero yo se lo preguntaba en otro sentido: ¿que hace usted aparte de lo que hace normalmente, aparte de lo de las mañanas, de vender sus mercancías, de los trenes, de comer, de dormir, de leer el periódico? ¿Qué cosas hace usted de esas que no se ven, de esas que parece que no se hacen y se hacen, sin embargo?

—Comprendo, si, lo que quiere decir... Pero me parece que no lo sé, que no sé lo que hago aparte de las cosas que se ven. A veces quisiera averiguarlo, no digo que no, pero no debo pensar en ello lo bastante, y pudiera muy bien ser que no llegase a saberlo jamás. De todos modos, ¿sabe usted?, creo que eso de ir tirando en la vida sin saber por qué es muy corriente.

—Pero pienso yo que vale la pena intentar averiguarlo con un poco más de ahínco del que usted pone.

—Compréndame: todo en mí, mi misma persona, pende de un solo hilo, es por eso que la vida me resulta más fácil que a usted. Eso lo explica todo, en el fondo. Y por lo mismo puedo prescindir de saber ciertas cosas.

Se callaron de nuevo. Pero la muchacha añadió:

—Además, perdón si insisto, no llego a comprender muy bien cómo ha llegado usted a esta situación, incluso a abrazar este oficio insignificante.

—Ya se lo he dicho, poco a poco. Mis hermanos y mis hermanas han tenido más suerte; sabían lo que querían. Yo, repito, no lo sabía. También ellos se preguntan cómo he podido caer tan bajo en la vida.

—Bueno, eso es una expresión demasiado fuerte, abandonarse sería mejor. Pero yo tampoco, tampoco comprendo cómo le ha podido ocurrir.

—La verdad es que triunfar nunca me ha preocupado demasiado, nunca he visto muy claro lo que esa palabra podría significar aplicada a mí; a lo mejor esa es la causa de todo. Por otra parte, ve usted, a mí no me parece que mi oficio sea insignificante.

—Le ruego que me perdone por haber usado esa palabra, pero me ha parecido que podía permitírmelo en vista de que el mío, mi oficio, no es ni siquiera eso. Lo he dicho solamente para animarle a hablar, para darle a entender que me parecía usted algo así como un misterio, pero de ningún modo con la intención de ofender.

—Lo he entendido perfectamente, se lo aseguro. Es a mí a quien pesa el haber llamado la atención sobre eso. Ya sé que en el mundo hay mucha gente capaz de apreciar mi oficio en lo que vale y que no lo desprecia. No me lo he tomado a mal, la verdad es que hablaba distraídamente. Me resulta siempre enojoso hablar de mi pasado.

Volvieron a callarse. Esta vez el recuerdo del invierno se hizo patente. El sol ya no reapareció. Había alcanzado ese punto de su carrera en que las masas de la ciudad lo ocultaban ya definitivamente. La muchacha callaba. El hombre se le dirigió de nuevo.

—Quería decirle, señorita - dijo—, que no quisiera que pudiese usted creer ni por un instante que he pretendido darle consejos. Incluso lo de esa vieja no era más que un hablar. A fuerza de interesarse por...

—¡Oh, no, no hablemos más de eso!

—No, no hablemos más. Sólo quería decirla que a fuerza de tanto intentar comprender lo que a uno le cuentan, de esforzarse por ponerse en el punto de vista del interlocutor, y de hacer por encontrar alivio a tanta esperanza, uno acaba por hacer suposiciones, por arriesgar hipótesis, pero que de eso a dar consejos va un paso enorme que no quisiera haber dado...

—Por favor, no hablemos más de mí.

— No, señorita.

—Quisiera que me contase lo que le ocurrió después de haber estado en aquella ciudad...

El hombre se calló y la muchacha no insistió. Al cabo de una pausa, cuando ella parecía no esperar ya la réplica, él le dijo:

—Ya se lo he dicho, después de haber estado en aquella ciudad, me sentí desgraciado,
—¿Desgraciado de qué modo?
—Todo lo desgraciado que se puede ser. Me pareció que nunca lo había sido antes de entonces.
—¿Pero luego pasó?
—Sí, pasó.
—¿Mientras estuvo allí no se encontró solo ni un solo momento, ni uno sólo?
--No.
—¿Ni de día ni de noche?
—No, ni de día ni de noche, nunca. Durante ocho días.
—¿Y luego volvió a sentirse solo de repente?
—Sí, y lo estoy desde entonces.
—¿Fue a causa del cansancio que un día dormido con su maleta al lado, como me ha dicho?
—No, es que me sentía desgraciado.
—Sí, usted mismo ha dicho que había sido todo lo desgraciado que se puede ser. Y lo sigue creyendo.
—Sí.
Fue la muchacha quien se calló.
—No llore usted, por favor —dijo el hombre sonriendo.
—Es que no puedo evitarlo.
—Hay cosas así que no se pueden evitar, que nadie puede evitar.
—¡Oh, no es eso, no me da miedo!
—Además es lo que desea.
—Sí, lo deseo.
—Y con razón, porque nada se desea tanto como lo que nos hace sufrir. No llore más.
—Si ya no lloro.
—Ya verá como antes del verano abrirá esa puerta para siempre.
—A veces, ve usted, me da un poco lo mismo.
—Pero ya verá, ya verá que pronto lo consigue.
— Creo que debía de haberse quedado en aquella ciudad, que debía de haberlo intentado a toda costa.
—Me quedé todo el tiempo que pude.
—No, estoy segura de que no intentó todo lo posible para, quedarse, estoy segura.
—Hice todo lo que me pareció que se podía hacer para quedarme. Pero tal vez no lo hice bien. No piense usted más en ello, señorita. Ya verá, ya verá cómo antes del verano ocurrirá lo que usted quiere.
—Quizá sí, quién sabe. Pero me pregunto si veces si vale la pena.
—Claro que vale la pena. Como usted decía, puesto que estamos en este mundo, aunque no sea porque lo hayamos querido, pero ya que estamos en él, hay que hacer algo. Y lo que hay que hacer es eso. Y lo hará. Antes del verano abrirá usted esa puerta.
—A veces creo que no la abriré nunca, que cuando llegue el momento me echaré atrás.
—No, la abrirá.
—Si dice usted eso es porque cree que los medios que he escogido son los buenos para salir de esto, ¿verdad? Para llegar a ser algo.
—Sí, creo que son los mejores.
—Pero eso significa que otra persona podría escoger otros medios, que hay otros distintos de los que yo he escogido.
— Sí. Hay otros medios, claro, pero sin duda menos eficaces.
—¿Está usted seguro?

—Yo lo creo así, pero con seguridad ni yo ni nadie podría decírselo.

—Usted ha dicho que el viajar y ver mundo le había vuelto sensato. Por eso se lo pregunto.

—Pero seguramente no soy tan sensato en lo que concierne a la esperanza: lo soy más, si es que lo soy, en las menudencias de todos los días, más en las pequeñas dificultades que en las grandes. De todos modos, se lo repito, aunque me equivocase del todo en eso de los medios que emplea, estoy absolutamente seguro de que abrirá esa puerta para el verano.

—Gracias. Pero ¿y usted? ¿Usted?

—La primavera se echa encima, el buen tiempo. Me iré otra vez.

Se callaron por última vez. Y por última vez fue la muchacha quien rompió el silencio.

—¿Y qué le indujo a usted a levantarse y a echar a andar de nuevo cuando se había quedado tendido en el bosque?

—No lo sé, que tenía que ser así.

—Decía usted hace un momento que desde entonces sabía que, aunque fuese por casualidad, se podía a veces dejar de estar solo.

—No, eso lo supe después, algunos días después. De momento no, no sabía nada de nada.

—Ve usted, somos absolutamente diferentes. Yo creo que me hubiese negado a levantarme.

—Pero negado ¿a quién? ¿A qué?

—A nada, me hubiese negado, simplemente.

—Se equivoca. Hubiera hecho igual que yo. El frío. Tuve frío y me levanté.

—Somos diferentes, lo somos.

—Lo somos, indudablemente, en la manera de enfocar nuestros problemas.

—No, debemos serlo más que eso.

—No lo creo. No creo que lo seamos más de lo que, en general, lo somos los unos de los otros.

—Quizás me equivoco, quizás sí.

—Además nos comprendemos, o por lo menos lo intentamos. Y a los dos nos gusta bailar. ¿Ha dicho que era en la Croix-Nivert?

—Sí. Es un baile conocido. Lo frecuenta mucha gente como nosotros.

III

El niño vino tranquilamente desde el fondo del *square* y se plantó delante de la muchacha.

—Estoy cansado —declaró.

El hombre y la muchacha miraron a su alrededor. El aire, efectivamente, era menos luminoso que unos momentos antes. Anochecía.

—Es verdad, ¡qué tarde es! —dijo la muchacha.

El hombre esta vez no hizo ninguna observación. La muchacha limpió las manos del niño, recogió sus juguetes y los metió en la bolsa. Pero permaneció todavía sentada en el banco. El niño, harto de pronto de jugar, se sentó a sus pies y se quedó quieto, esperando.

—Charlando el tiempo pasa deprisa —dijo la muchacha.

—Y luego, en cambio, se hace más lento.

—Es cierto, sí señor, es como si fuera un tiempo diferente. Pero hablar hace mucho bien.

—Sí, es verdad, pero es después que se hace fastidioso, después de haber hablado. Después, el tiempo pasa demasiado despacio. Tal vez lucia mejor que no hablásemos nunca.

—Tal vez —dijo la muchacha al cabo de una pausa.

—Quiero decir a causa de esa lentitud que viene luego.

—Y de ese silencio, también, en el que ahora quedaremos usted y yo.

—Sí, es verdad, ahora nos quedaremos en un silencio terrible. De hecho es como si ya hubiera empezado.

—Esta noche nadie más me dirigirá la palabra. Y me iré a acostar así, en silencio. Y tengo veinte años. ¿Qué he hecho en este mundo para que me ocurra esto?

—Nada, no le dé usted vueltas a eso. Piense mejor en lo que hará de ahora en adelante. Sí, tal vez sería mejor no hablar. Cada vez que uno lo hace es como si desenterrase una costumbre deliciosa de la que ya había prescindido. Aunque en realidad no la hubiese tenido nunca.

—¡Oh, sí, es como si supiéramos que hablar da gusto! Debe ser una cosa de la naturaleza para ser tan fuerte.

—Y ver que se le dirigen a uno es también una cosa natural y que hace impresión.

—En efecto, si.

—Ya se dará cuenta más adelante, señorita. Se lo deseo por su bien.

—He hablado demasiado, lo siento.

—¡Oh no! Esa es la última cosa de la que tenga a pie arrepentirse, créame.

—Gracias.

La muchacha se levantó. El niño se levantó también y le cogió la mano. El hombre permaneció sentado.

—Se nota ya un poco de fresco —dijo la muchacha.

—Durante el día se hace uno la ilusión de que es ya verano, pero la verdad es que todavía falta tiempo para el auténtico calor.

—Es verdad, una se olvida. Es algo parecido a ese silencio en que nos quedamos después de haber podido hablar.

—Es lo mismo, sí, efectivamente.

El niño dio un tirón de la mano de la chica.

—Estoy cansado —repitió.

La muchacha pareció no haberle oído.

—Me he de marchar ya —dijo al fin.
El hombre no se movió. Miraba distraídamente al niño.
—¿Usted no se marcha? —preguntó la muchacha.
— No, no señorita. Me quedaré hasta que cierren. Me iré entonces.
—¿No tiene usted nada que hacer esta noche?
—No, nada de particular.
—Yo no tengo más remedio que volver a casa —dijo después de vacilar un momento.
El hombre se incorporó un poco sobre el banco y se sonrojó ligeramente.
—¿No podría usted, quizá, por esta vez, volver... un poco más tarde?
La muchacha vaciló un instante y luego señaló al niño.
—Lo siento, pero no puede ser.
—Lo decía tan sólo porque tengo la impresión de que charlar le hace bien a usted, a usted particularmente, mucho bien. Sólo por eso.
—No, si ya lo he entendido, pero no puede ser. Es ya más tarde que de costumbre.
—Pues hasta la vista, señorita. ¿Es el sábado, verdad, el día que va usted a ese baile de la Croix-Nivert?
—Sí, sí señor, cada sábado. Si fuera usted por allí, podríamos bailar unos cuantos bailes, si quiere.
—Sí, tal vez sí, con su permiso.
—Por gusto, quiero decir.
—Sí, sí, claro, ya lo he entendido. Entonces hasta pronto tal vez, o hasta el sábado, quién sabe.
—Quién sabe. Hasta la vista.
—Adiós.
La muchacha dio dos pasos y se volvió.
—Estaba pensando... ¿Por qué no da usted una vuelta en lugar de quedarse ahí, esperando a que cierren?
—¡Oh gracias!, pero no, prefiero quedarme aquí hasta que cierren.
—Pero una vueltecilla, sólo por dar un paseo, quiero decir...
—No, prefiero quedarme. No me apetece dar una vuelta.
—Está haciendo más fresco... Además, si insisto es porque... no sabe la tristeza que da cuando cierran los *squares*...
—Sí, lo sé. Pero a pesar de todo prefiero quedarme.
—¿Lo hace usted siempre, espera siempre a que cierren ?
—No, pienso como usted, en general tampoco me gusta ese momento, pero hoy sí, hoy quiero esperar.
—Tendrá usted sus razones, desde luego —dijo la muchacha pensativa.
—Soy un cobarde, señorita, eso es todo.
La muchacha dio un paso hacia él.
—Dice usted eso por mi culpa, por culpa de todo lo que he dicho, estoy segura.
—No, lo digo porque a esta hora me entran ganas de reconocer y de decir la verdad.
—No diga usted eso, por favor.
—Pero si todo lo que he dicho era de cobarde, desde que he empezado a hablar.
—¡Oh no!, pero no es lo mismo decirlo así, en una sola palabra. No es justo.
El hombre sonrió.
—Pero si no tiene ninguna importancia, créame.
—Es que no comprendo por qué el sólo hecho de que vayan a cerrar el *square* le hace descubrir de repente que es un cobarde.
—Porque no soy capaz de hacer nada por evitar... la desesperación, sino al contrario.
—¿Y en qué consistiría la valentía en eso de dar una vuelta?
—En hacer algo para evitarla, comprendo, en intentar distraerme de la desesperación.

—Por favor, se lo ruego, dé usted un paseo.

—Pero si toda mi vida es así.

—Pero por esta vez, hágalo por esta vez.

—No, señorita, yo no quiero empezar a cambiar.

—¡Oh, sí! Me doy cuenta de que he hablado demasiado.

—No, al contrario. Es precisamente por haberla oído con tanto gusto por lo que me doy cuenta de cómo soy, de que vivo hundido en mi cobardía. Pero no es que sea hoy más cobarde que ayer, por ejemplo.

—No sé a qué usted llama cobardía, pero la suya me avergüenza de mi valor.

—A mí, en cambio, el valor de usted me retrata más vivamente mi cobardía. Es eso, hablar.

—Como si viéndole a usted el valor me pareciese algo inútil, algo sin lo cual se puede pasar muy bien.

—Cada cual hace lo que puede, usted con su valor y yo con mi cobardía. Eso es lo que importa.

—Sí, en efecto, pero ¿por qué será que la cobardía es mucho más simpática que el valor? ¿No le parece?

—La cobardía, la cobardía, si es tan fácil, ¡si usted supiera!

El niño tiró de nuevo de la chica.

—Estoy cansado —volvió a decir.

El hombre levantó sus ojos y pareció como que se preocupaba.

—¿La reñirán, señorita?

—Inevitablemente.

—No sabe cuánto lo siento.

—¡Oh, no tiene ninguna importancia, no se preocupe! Es como si regañaran a otra persona.

Pasaron unos minutos sin que ninguno de los dos dijese nada. La gente se iba marchando del *square.* Al final de las calles, el cielo tenía un tinte rosado.

—Es verdad —dijo por fin la muchacha, y su voz como de sueño—, cada cual hace lo que puede, usted con su cobardía, y yo, por mi lado, con mi valor.

—Por lo menos podemos comer. Eso por lo menos.

—Sí, eso es, por lo menos comemos todos los días, como cualquiera.

—Y tenemos ocasión de hablar de cuando en cuando.

—Sí, aunque eso nos haga sufrir.

—Todo hace sufrir. Incluso comer, a veces.

—¿Quiere decir comer después de que se ha pasado mucha hambre?

—Exactamente, sí.

El niño se puso a gimotear. La muchacha lo miró como si acabase de descubrirlo.

—Me tengo que marchar —dijo.

Se volvió al niño de nuevo.

—Por una vez —dijo con dulzura—, sé bueno.

Y se volvió hacia el hombre.

—Bueno, hasta la vista.

—Hasta la vista. A lo mejor en ese baile...

—A lo mejor. ¿No sabe usted aún si irá?

El hombre contestó haciendo un esfuerzo.

—No, aún no lo sé.

—Es raro.

—Soy muy cobarde, no lo sabe usted bien.

—No deje usted que dependa de su cobardía el ir; se lo suplico.

El hombre hizo un nuevo esfuerzo para replicar.

—Le aseguro que me resulta muy difícil poder decir desde ahora si iré o no. No puedo, no, no puedo decirlo todavía.

—Pero ¿no va a bailar de cuando en cuando?

—Sí, pero sin conocer a nadie.

Ahora fue la muchacha quien se sonrió.

—Hágalo por gusto, haga que dependa sólo de su gusto. Ya verá qué bien bailo.

—Si voy, será por gusto, se lo prometo.

La muchacha sonrió más abiertamente. Pero el hombre no podía soportar su sonrisa.

—Me ha parecido antes que usted me reprochaba el quitarle importancia a los gustos que me podría dar en mi vida actual.

—Sí, es cierto.

—Y que me aconsejaba que no les tuviese miedo.

—¡Es que sabe usted tan poco de eso!

—Me parece que usted sabe menos de lo que piensa, perdón, quiero decir del gusto que puede dar bailar.

—Sobre todo con usted, señorita.

El niño se puso a gimotear oirá vez.

—Ya nos vamos —le dijo la muchacha y, dirigiéndose al hombre—, hasta la vista, pues; hasta el sábado próximo, a lo mejor.

—A lo mejor, sí. Adiós, señorita.

La muchacha se alejó con el niño a paso vivo. El hombre la miró hasta perderla de vista. No se volvió, y él lo interpretó como una manera de animarle a que fuera a aquel baile.

* * * * *